
ARNALDO VISCONTI
El Galante Aventurero
4 PTS
LA GONDOLA DE LOS SUSPIROS


ARNALDO VISCONTI
El Galante
Aventurero

Impreso en
GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA


LA GONDOLA
DE LOS
SUSPIROS

PRIMERA PARTE

LA IMPETUOSA VIDA DEL CAPITAN LEGARS

Capítulo I

UN HÉROE POPULAR

A fines del siglo XV, los caminos que conducían a París no eran muy seguros. Abundaban los salteadores, y cuantos tenían que viajar preferían hacerlo en nutridos grupos y con escolta armada.

Por esta razón, quien veía por la región de! Sena cabalgar a todo galope a un jinete solitario, deducía que, o bien era un afamado capitán de bandoleros, o se trataba de un desesperado mensajero dispuesto a correr cualquier peligro con tal de entregar a tiempo su misiva.

Pero en la hermosa villa de Les Mureaux, algunos de los que vieron pasar al solitario jinete, comunicáronse rápidamente la noticia, que corrió de boca en boca.

“Juliot Legars había llegado. ¡Juliot Legars estaba en su pueblo natal! ”

Las doncellas, las solteronas y bastantes casadas, corrieron a sus espejos a acicalarse.

Juliot Legars, el corsario del Rey, el héroe popular, el marino, primero en la historia de Les Mureaux, que tenía ya una placa de honor, donde esculpido en bronce se leía en la fuente de la plaza principal:

“La noble y leal ciudad de Les Mureaux, agradecida a la gloria que el capitán Juliot Legars le proporciona y proporcionará con sus valientes acciones derrotando a los enemigos de Francia en el mar, le dedica con devoción este recuerdo, deseando que cuantos hijos de Les Mureaux beban estas aguas crezcan con la imagen ejemplar del capitán Legars, siempre presente.

”E1 burgomaestre y el pueblo de Les Mureaux, en el año mil cuatrocientos ochenta y cuatro.”

Por entonces, la carrera de corsario era incipiente. Las Indias Occidentales, aun por descubrir, no habían poblado los mares de la abigarrada y pintoresca fauna, a ratos heroica y a ratos vil, en la cual era difícil deslindar el fementido pirata y el aclamado corsario.

Juliot Legars era uno de los primeros franceses que surcaba los mares, apresando, en nombre del Rey, naves enemigas, fueran turcas, inglesas o griegas…

El Mediterráneo era su campo de acción. La suerte le

acompañaba. A los veinticuatro años, fecha en que, solitario, entraba gn su pueblo natal al galope, era ya un marino famoso.

Dirigióse rectamente a la taberna “El Corsario del Rey”. La pancarta que tal decía era reciente...

En la taberna aglomerábanse muchos hombres, bastantes de ellos también marinos, y algunos pertenecientes a la tripulación de Legars, que con permiso le habían precedido.

Al entrar impetuosamente Juliot Legars, un coro de aclamaciones y vítores le saludó.

—¡Va bien, va bien!—rió él, alzando los brazos—. Ya estoy aquí. ¿Quién me deja sitio?

Saltó por encima de dos bancos y de una mesa. Había echado sobre su hombro el vuelo de la capa.

La vaina de su espada golpeó un jarro lleno, volcándolo.

—¡Por Belcebú!—rióse el dueño provisional del jarro—. ¡Vuestra espada tenía sed, gentilhombre Legars!...

Al fondo de la taberna., un hombre, sentado entre otros, se levantó a medias en su escabel, exclamando:

—¿Gentilhombre? ¿Desde cuándo?

Juliot Legars, sentado ya, se irguió, desafiante:

—¡Desde que el Rey lo quiere y a mí me da la gana! ¿ Hay alguien que desee contestar ?

El que había interpelado juzgó mejor guardar silencio.

Juliot Legars volvió a sentarse. Desciñó su cinto y atravesó la espada sobre la mesa.

—Mi primera visita, para mi pueblo. Y tengo que seguir camino a París. Pero al menos que mi acero beba buen vino de aquí.

—¿Cuántos holandeses has ahorcado, capitán Legars?

—Ninguno. Sólo turcos, algún que otro italiano y bastantes ingleses.

—¿ Y españoles ?

—¡No se dejan ahorcar por ahora!—rió Legars.

Al fondo de la sala, una discusión se elevó.

—¡Quédate sentado, hombre!—aconsejaba uno, el mismo que poco antes quiso saber desde cuándo era gentilhombre el corsario —. ¿No ves que está bebiendo mucho?

—Sí—dijo otro—. Y tiene el vino malo.

—Malo o bueno, me oirá. Dice que debe seguir viaje. Y he esperado dos años para verle.

Y, levantándose, hizo ademán de abandonar la mesa.

—¡No seas loco, Arthéme! ¡No busques querella!...

—¿Acaso hablé de querellarme?.,.—replicó Arthéme Praviel—.

No tengo la menor intención de pelear.

Desprendióse de las manos que intentaban retenerle, y avanzó hacia la mesa donde Juliot Legaos, sediento por la larga galopada, apuraba su cuarto jarro de vino.

Llegó tras de él, y le aplicó una mano sobre el hombro.

—¡Juliot! Hola...—saludó, con vez clara, algo nerviosamente.

Reinó un silencio completo. Apenas hubo saludado, ninguno de los bebedores tuvo deseos de bromear, preguntar o vitorear.

Todos tuvieron la repentina conciencia de que algo grave iba a suceder.

Juliot Legars volvióse sobre su escabel, con enérgica sacudida de hombros. Interrumpido en plena reunión, su violencia natural le hizo levantarse, crispados los puños.

Pero viendo quién era el que le saludaba, se apaciguó instantáneamente, y la vena hinchada en su frente fué esfumándose, y, riendo, volvió a sentarse.

—¡Vaya, pero si es mi gran amigo Praviel!... ¿Qué hacías allá en un rincón, en vez de beber en mi mesa?

La concurrencia, tranquilizada, aprobó ruidosamente. Tan sólo Arthéme Praviel no hizo coro.

—Juliot—dijo, seriamente—, eres un buen amigo, y te agradezco la invitación. Pero por ahora no se trata de beber. Tengo que hablar de algo muy serio contigo. ¿No dijiste que ibas a seguir camino a París?

—Lo he dicho, y no me retracto.

—Es, pues, preciso que esta noche hablemos tú y yo, frente a frente, y quiera el Cielo que sea en buena concordia y amistad.

Juliot Legars, que no había aún bebido ni la mitad de lo que necesitaba para empezar a sentirse ebrio, habló con tanta frialdad como Arthéme Praviel:

—¿En buena concordia y amistad? Si es así, ¿a qué diablos interrumpir esta hora de reposo, cuando el vino es bueno y la compañía mejor? Pasaré de nuevo por aquí dentro de dos días; pero si tienes tanta prisa, siéntate y desembucha tu historia.

—No—dijo Praviel, sacudiendo la cabeza—. No puede ser. Sólo tú y yo podemos oír la historia, y por esto te digo: ven conmigo, y solo, como yo lo estoy.

Juliot Legars levantóse sin más objeciones, pero con bastante impetuosidad para volcar mesa y jarros.

—Testigos sois de que no soy yo quien tiene secretos. Y que no he querido yo el secretear fuera de esta acogedora choza.

Todos los que allí se reunían tomaron partido por el corsario.

Algunos gruñeron, y uno gritó:

—¡Al diablo los aguafiestas!

—Paz, y seguid bebiendo. Ya volveremos.

Con cierto retintín, Artheme Praviel comentó:

—Eres un héroe popular, Juliot.

—Y no me disgusta, Arthéme.

Juliot Legars saltó por encima de la mesa volcada, y a la vez ciñó su espada.

—Vamos donde quieras, amigo Praviel.

Capítulo II

"SIN PREMEDITACIÓN NI INTENCIÓN..."

Juliot Legars, que había salido el primero de "El Corsario del Rey", se detuvo en el mismo umbral, y se enfrentó con su amigo.

—Bien...—insinuó, dispuesto a escuchar.

Arthéme Praviel alargó el brazo hacia el extremo de la calle.

—Vamos más lejos. Aquí hay demasiados oídos.

-—Bien. Vamos más lejos.

Encaminóse Praviel hacia las murallas, y llegó hasta un lugar totalmente desierto, encrucijada al borde del río.

—Creo que aquí ya no hay oídos, Praviel. Habla ya..., ¿o quieres que nos remojemos en el río para estar más solos?

—Sin ironías, Juliot.

—Las buscas con tus misterios.

Sin preámbulos, Arthéme Praviel dijo:

—Juliot.... Mi hermana Juana, ¿qué piensas de ella?...

Su voz, aunque enronquecida y casi temblorosa de emoción, resonó, no obstante, con claridad.

Juliot Legars, cogido de improviso, y desconcertado, retrocedió un pasó, y balbució:

—¿Juana?—repitió, como si no comprendiera—. ¿Y qué? ¿Qué hay de común entre ella y yo?

Arthéme Praviel avanzó bruscamente, casi tocando con su rostro el del corsario. Le asió los dos brazos con fuerte presión.

—¡Calla, Juliot, por el Cielo!—gritó, con violencia—. ¡Calla si no quieres mentir, tú que has sido siempre leal y muy hombre! Lo sé todo... Ella me lo contó... ¡No sé cómo no la he matado! ¿Por qué sigue viviendo? Aun no lo sé... Pero ahora esto no importa. Es de ti de quien se trata, Juliot. Nadie sabe nada... Ella se ha ido a París... Juliot, ¿qué piensas hacer con Juana?

No había soltado los brazos del corsario. Y éste no intentaba desprenderse, impresionado por la ruda franqueza de Arthéme Praviel.

—¡Qué sé yo!...—dijo, molesto—. Escúchame. Praviel, y no te enojes, porque nada adelantaremos con insultarnos o pelear. ¿Tu hermana te lo confesó? No hay razón para que la desmienta... Yo nada he dicho a nadie. Nuestras entrevistas fueron secretas. Hace ya dos años que me marché... Nada ha sucedido para que tan trágico te lo tomes. No soy ningún cínico, Praviel. Juana, ni me escribió, ni

me mandó aviso alguno. Me ha olvidado, pues, como yo a ella. Soy franco, Praviel. Justo es tu enojo..., pero ya que ella no protesta, ¿vas tú a protestar?

Y sinceramente, creyendo en la verdad de lo que decía, Juliot Legars rió, conciliador.

Arthéme Praviel, mudo y hosco, escuchaba tal vez sin oír, sumido en sombría meditación.

Los dos seguían tocándose, las manos del uno crispadas alrededor de los músculos del otro.

Saliendo de su meditación, Praviel oyó la risa del corsario. Y, súbitamente, semejó un toro presto a embestir.

Le sacudió tal furor de pies a cabeza, que de sus labios no podía brotar sonido alguno. Balbucía tan sólo, y sus dedos, exasperados, hundíanse en los brazos del corsario, que, primero atónito y después irritado, exclamó:

—¡Suelta! ¡Suelta ya, animal!

Lucharon. De los dos, era Juliot Legars el más fuerte, pero un hombre furioso vale por dos. Arthéme Praviel conservó las dos manos aferradas alrededor de los brazos del corsario.

Juliot Legars, imposibilitado para liberarse, alcanzó con una sacudida a empuñar la guarda de su espada, y gritó:

—¡Suéltame, Praviel, o, por el infierno, que te mato!

Arthéme Praviel advirtió a tiempo el gesto del corsario. Lanzó un grito salvaje, soltó al corsario y, saltando hacia atrás, desenvainó.

Juliot Legars vió la punta de la larga espada a escasos centímetros de su garganta...

Conservó su acero en la vaina, y cruzóse de brazos, recobrada la serenidad, y con sangre fría, como siempre que veíase frente a un peligro real e inminente.

Praviel, doblados los jarretes, con el brazo semi-extendido, iba a abalanzarse. Juliot Legars lo detuvo, riendo, pero esta vez con muy diferente risotada.

—¡A fondo, amigo!—exclamó, desdeñoso—. ¡Y cuando me hayas asesinado, tu hermana se alegrará mucho! Todo quedará arreglado...

Retrocedió el otro, bajando el brazo armado. Siempre despreciativo, Juliot Legars habló:

—Si quieres asesinarme, adelante... Pero si otra cosa deseas, dilo. Antes me preguntaste, y te contesté. Ahora, yo te pregunto. ¡Contéstame! ¿Qué quieres?

—¿Te casas, o no, con Juana?

Juliot Legars continuó fríamente cruzado de brazos...

—¿Es todo? ¿Quieres saber si tomaré por esposa a Juana?

—¡Sí!

—No. No me casaré con ella; Porque ella me odia tanto ahora, como yo la ignoro. Te lo he dicho y te lo repito, Arthéme Praviel: no te mezcles a esto. Tu hermana se casará con quien quiera, porque es hermosa, es rica y su fama es intachable. Yo no puedo casarme. Tal es mi decisión sensata: porque un corsario no puede tener esposa.

Arthéme Praviel volvió a levantar la desnuda espada. Juliot Legars volvió a percibir la aguda punta a la altura de su cuello.

Impasible, repitió, netamente:

—No. No me casaré. No.

—¡Cuidado, Juliot!—balbució Praviel, temblando de ira.

Juliot Legars, impetuoso, empezó de nuevo a perder paciencia.

—¡Cuidado tú mismo, compañero!—replicó bruscamente, esforzándose en conservar la calma, pero hinchándose en su frente la vena que era preludio demostrativo de que le invadía el ímpetu hirviente de su sangre—. ¡Ten cuidado, porque no gusto de amenazas!

Arthéme Praviel irguióse sobre las piernas, y adelantó el pie derecho como hacen los esgrimistas al ir a trabar aceros.

Su brazo, medio doblado, se alargó lentamente, y Juliot Legars, al no retroceder, se encontró pinchado en el pecho...

A la vez, los dos gritaron. Arthéme Praviel, con voz casi inaudible, clamó:

—¡Cásate con ella, o morirás. aquí!

Y Juliot Legars, estallando su ímpetu contenido, gritó:

—¡Apártate de mi camino, o aquí te pudrirás!

Lo que siguió,, tuvo lugar con la rapidez de un relámpago. Artheme Praviel se tendió a fondo, decidido a atravesar el pecho ofrecido.

Juliot Legars saltó de costado, no lo suficientemente pronto para poder evitar ser herido de refilón en el hombro.

La espada de Praviel destelló, rojiza. Juliot Legars aulló de furor. Y arrancando de la vaina su acero, con el mismo movimiento latigueó la otra espada, alargó el brazo y plantó la mitad del acero en el flanco derecho de Artheme Praviel, que cayó como un árbol derribado por hachazo en sesgo.

—¡Madre mía!—gimió Juliot Legars, espada en mano.

La punta, dirigida hacia el suelo, derramaba gotas obscuras, brazos en cruz, yacía Arthéme Praviel.

Maquinalmente limpió la hoja sangrienta en el anverso de su bota. La envainó, y se arrodilló junto al caído.

—Está muerto—musitó, bañado el rostro en sudor frío.

Había levantado entre sus manos la cabeza de su víctima. La dejó caer. La sacudida pareció soltar algún muelle vital, porque, de pronto, los párpados, ya violáceos, del malherido, se entreabrieron, y en las mortecinas pupilas alentó una débil luz.

Inclinóse Juliot Legars sobre el rostro exangüe,.. Arthéme Praviel habló en voz muy baja:

—Juliot Legars, me has matado... Pero soy, como tú, cabal y honrado.,. Yo te busqué y desafié... Y eres como eres... No un malvado... Vete en paz, capitán Legars... Eres inocente de mi muerte.

Tosió, y la última sangre tiñó sus labios. Añadió:

—¿Te... casarás con Juana?

En las pupilas casi apagadas lucía una ansiedad ardiente. Juliot Legars no replicó, porque el moribundo proseguía:

—No quise... decírtelo... Y por eso muero... Juana tiene un hijo... tuyo, Juliot... Pronto Dios me juzgará, Juliot... ¿Te casarás con Juana, capitán Legars?

El corsario sintió algo desgarrador que laceraba su pecho. Con un postrer esfuerzo, Arthéme Praviel levantóse sobre los codos, suplicando, virilmente… Juliot Legars, sintiendo un indefinible dolor en todos sus miembros, cedió. Inclinando la cabeza en señal de consentimiento, pronunció claramente:

—También tú vete en paz, compañero. Si aantes esto me hubieras dicho, hermano..., no lloraría yo tu muerte, que ha ocurrido sin premeditación ni intención. Juro por el Dios que a todos nos juzgará, que me casaré con Juana. Vete en paz, hermano, y perdóname de todo corazón...

—Te perdono...—quiso decir el moribundo.

Pero no lo pronunció. Sus dos codos cesaron de sostenerle. Un estertor removió todo su cuerpo, y quedó inerte.

Juliot Legars se persignó, cerró los párpados del muerto y, torpemente, le acarició la mejilla...

—¿Por qué no hablaste antes, hermano? ¿Por qué me exasperaste?—reprochó, sincero.

Media hora más tarde, llegó a la puerta de “El Corsario del Rey”. Toda conversación cesó... Todos miraron al hombre lívido, de hombro ensangrentado, que con tono monótono anunció :

—Voy a París a entregarme a la justicia del Rey, que sabrá perdonarme, porque si maté a mi compañero Arthéme Praviel fué

sin premeditación ni intención. Hasta pronto.

Cabalgó media noche. El oficial de guardia presentó armas cuando el corsario declinó su personalidad, desmontando ante el cuartel.

Despertaron al juez de duelos, a petición de Legars. Y enfurruñado, aunque respetuoso, entró el juez en la sala de. estandartes.

—En mi pueblo de Les Mureaux he dado muerte en duelo, sin premeditación ni intención, a Arthéme Praviel.

El juez y el oficial sobresaltáronse. El juez examinó la amplitud de las espaldas del corsario, y dijo, suavemente:

—Como puro trámite, tened la bondad de voluntariamente permanecer hasta mañana en celda, capitán Legars.

—No hay inconveniente.

—También como trámite, servíos entregar la espada al señor oficial.

Desciñóse Legars, entregando su espada al oficial. Y con paso firme entró en la celda.

No durmió. No temía castigo alguno. Sabía que el castigo lo llevaría en forma de remordimiento.

A la mañana siguiente, otro juez vino a leer determinados párrafos, que dejaron atónito al corsario.

> “…en virtud del reciente decreto sobre prohibición de los duelos, ordenando pena de muerte a quien contraviniera…”
>
> “…por ser Arthéme Praviel Par de Francia desde el último año…”
>
> “…con gran pesar, dados los nobles servicios que a Nós prestasteis como corsario…”
>
> “…no pudiendo derogar, so pena de incurrir en escándalo perjudicial a los intereses de la Corona…”
>
> “…el citado Juliot Legars, capitán de mar, será ahorcado mañana a las ocho horas, y que Dios se apiade de su alma.”

Marchóse el juez, los escribanos y los oficiales. Juliot Legars permaneció sentado, inmóvil…

Lentamente, unas lágrimas fueron cayendo de sus negros ojos… Musitó:

—Perdón, compañero… No puedo cumplir…, pero también es sin premeditación ni intención.

Capítulo III

LO QUE JAMAS IMAGINÓ EL CORSARIO LEGARS

Al anochecer del mismo día en que le fué anunciada su pena de muerte, Juliot Legars irguió la cabeza, orgulloso, al oír pasos.

No quería que nadie pensara que su pena era miedo. Apareció un oficial, que, respetuoso, saludó marcialmente:

—A la orden, capitán Legars. Una dama, ha obtenido licencia especial del Rey para visitaros.

Saludó de nuevo y desapareció...

Juana Praviel echó sobre sus hombros el velo negro. Parecía una bella estatua sin alma...

—Hace dos años me dijiste adiós, Juliot.

La voz femenina parecía brotar sin vida...

El corsario se aferró a las rejas en impetuoso salto.

—¡Juana!—gimió.

—Me llamo —dijo ella, fríamente—. Muchas cosas han ocurrido desde entonces, Juliot.

—Escúchame, Juana...—imploró él.

—Tenemos tiempo. Me han concedido una hora, Gracia especial del Rey a la hermana de un difunto Par de Francia.

—Yo... ¡No me mires así! Tus ojos queman...

—Los tuyos arden, Juliot. Puedes gritar. Nadie nos oye. Muy galantemente el oficial de guardia se ha retirado. No hay nadie más preso en estas celdas. Eres un hombre popular y respetado, Juliot.

—Tu hermano... me desafió..., y no me dijo..., sino cuando estaba mortalmente herido..., que... ¡nuestro hijo!...

Interrumpióse el corsario, porque Juana Praviel reía silenciosamente, sin ruido, abiertos los labios en mueca de odio...

—¿De qué hijo hablas, capitán Legars?

—¡Me lo dijo, y Arthéme Praviel era como yo! ¡Nunca mintió!

—Nunca, mintió. Era bueno, leal, valiente... Lo asesinaste, Juliot. No te bastó con matar mi corazón. Escúchame... Tuve un hijo... Es fuerte, ardiente, impetuoso... En su frente aun inocente una vena se hincha cuando le niegan un capricho... Crecerá sin saber quién fué su padre...

—Así tiene que ser, Juana. No debe maldecirme. Ten piedad de mí, Juana. A nadie supliqué... ¡Mírame !

Violentamente cayó arrodillado el corsario, brazos abiertos, tras las rejas.

—Tu hermano me perdonó. Murió en paz conmigo. Era cosa de hombres. Tú no podrás perdonarme, pero... mañana en la horca expiaré...

De nuevo ella rió silenciosamente.

—En pie, capitán Legars. Un fiero corsario arrodillado, ya no es más que un vil asesino lloroso.

Galvanizado, saltó en pie Juliot Legars.

—¿Viniste a atormentarme, Juana? Tienes derecho... Pero piensa que voy a morir.

—He suplicado a Su Majestad. Reconoce que no puede derogar el decreto, pero ha accedido a mi demanda. No morirás en la horca.

El egoísmo vital hizo estremecerse al corsario.

—¿Es posible?

—Sí.

—Generosidad tan grande, Juana...

—No me has entendido. De aquí saldrás encapuchado hacia una galera, y al remo permanecerás años y años. Mientras, será ahorcado con tus ropas un asesino ya condenado. Para Francia y el mundo habrá muerto Juliot Legars. Y en el remo meditarás. Mientras, mi hijo crecerá y se hará hombre, como tú, impetuoso y ardiente. Y entonces... ¡sabrás lo que cuesta haberte burlado de Juana Praviel!...

Entontecido, sin saber el oculto significado de lo que ella estaba diciendo, Juliot Legars no vió siquiera que Juana Praviel se había marchado.

A media noche, mientras dormía rendido, cuatro hombres entraron rápidamente en la celda, lo ataron y encapucharon.

Cuando amanecía, Juliot Legars estaba aherrojado en banco de galera. Años y años, un látigo surcó sus espaldas.

Todo le era indiferente. No supo que habían pasado once años, cuando un cómitre le arrojó un rollo lacrado.

Rasgó y leyó muchas veces, antes de cerciorarse de lo que leía:

> “No estoy en Francia, y si por mi patria, que te ha olvidado, reaparecieras, la horca terminaría contigo. Quedas libre, Juliot Legars, Te darán cien luises, y en tierra italiana quedarás. Mi hijo tiene ya toda la apostura de un caballero. Sólo trece años, y parece tener dieciocho. No hay mejor espadachín en toda Italia. Ha crecido fuerte e impetuoso. No vive más que con una obsesión. Verse frente a un hombre que es tu fiel retrato. ¿Te matará? ¿Lo matarás? Ha aprendido a odiarte con tanta impetuosidad, que hasta a mí me da escalofríos. No eres de los que se dan muerte, Juliot Legars.

Donde vayas, lo sabré. ¿Imaginaste nunca que mi venganza fuera ésta? Perdí mi belleza, Juliot. Estoy muerta en vida, helada, sin amor por nada ni nadie, Quince años de agonía... Otros tantos te deseo.

”Juana Praviel.”

Él cómitre, rudo, insensible, parpadeó al ver que el galeoto, a quien seguramente anunciaban en el rollo lacrado su libertad, derrumbábase sobre el remo, llorando.

—La alegría—pensó, en voz alta—. ¡Eh, tú, mocetón! Siempre tuviste bien alta la cabeza. Te van a dar cien luises, y a bordo de velero irás a Italia. ¿Qué más quieres? Ni que fueras un héroe popular...

* * *

Juliot Legars, oculto un ojo bajo parche de tela, fingiendo cojera, y a ras el cabello, vagabundeó por el norte de Italia.

Un día llegó a Livorno. Se entretuvo indagando... Supo que en cierta casa, una vecina, recordaba que una mujer llamada Leonora Cipriani se dió muerte, desapareciendo su hijita de dos meses...

Sí, tenía los ojos .azules y el cabello rubio. Se llamaba Violeta...[1] . Decían que había sido prometida, o tal vez esposa, de Gino Mancini, un florentino, que fué a residir en Venecia.

Juliot Legars intuyó un misterio. Decidió dirigirse a Venecia. Pero mientras cenaba en una taberna cercana al puerto, vió a un joven membrudo, arrogante, que parecía buscar a alguien...

Se encogió, y, aprovechando un momento en que el joven volvía la espalda, salió renqueando, huyendo...

El joven era simplemente un *bravi* natural de Livorno...

Pero Juliot Legars, aquella misma noche, embarcaba en un galeón de atrevidos hambrientos, que hacían rumbo hacia la tierra de promisión.

Hacia las Indias recientemente descubiertas por un genovés que sólo encontró protección y apoyo en los monarcas españoles.

Tras muchas penalidades, desembarcaron en isla antillana. Y el que antes fué un valiente impetuoso, convertíase en un hombre huidizo, que desconfiaba apenas veía a un joven arrogante que le mirase...

La venganza de Juana Praviel le perseguía por doquier. Temía matar a su propio hijo, si luchaba o contestaba a bravatas.

Era fuerte, y empezaron los españoles de la isla antillana a despreciarle.

Nunca dijo su nombre. Le apodaron "ese hércules cobarde”.

Capítulo IV

UN COBARDE

—¡Aparta, cobarde! ¿No ves que pasa un hombre?...

Juliot Legars se adhirió a la pared. Pero el antillano estala bebido y era pendenciero.

Abofeteó al corsario. Era joven, impetuoso y de recia musculatura. Llevaba larga espada.

Juliot Legars recibió sin pestañear los dos reveses.

—¡Defiéndete, cobarde! Dejadle una espada...— gruñó el antillano.

Pusieron entre las manos del corsario una espada. Al contacto de la empuñadura, Juliot Legars irguió su alta estatura.

Esperanzado, y deseoso de demostrar su maestría, el antillano habló para el coro que acababa de formarse:

—Ahí veis como: este cobarde se vuelve valiente ante mí, la mejor espada de las islas.

¿La mejor espada?...

Juliot Legars preguntó, tímidamente:

—¿Qué edad tenéis, joven señor? ¿Sois francés?

—Está loco... ¡En guardia, cobarde!

Alzó Juliot Legars la espada para detener tan sólo la primera estocada. La segunda le perforó el pecho...

Cayó exánime... No pudo oír una voz que decía:

—Perdonado seas, Antón... Otro hombre ha caído bajo tu acero... Viniste a guerrear si eras atacado. Reza, Antón, reza... por este infortunado, que yo por ti invocaré la misericordia divina.

El franciscano que así hablaba hizo que todos enmudecieran con su sola presencia. El antillano Antón, agachando la cabeza, alejóse a largas zancadas.

Robusto, el franciscano asió por los sobacos al malherido, levantándolo. Jadeando llegó hasta 1a. tienda de campaña que habitaba

Reanimó con cordiales al corsario. Le curó la herida grave. Juliot Legars, al tercer día de postración, empezó a hablar, inconteniblemente.

No sabía que junto al franciscano había un capitán español. Juliot Legars habló incesantemente.

Cuando terminó, agotado, se durmió, estrechando con fuerza entre las suyas la mano diestra del franciscano.

Se desfogaba, medio inconsciente. Repetía frases y conceptos. Mezclaba sucesos...

El capitán español, murmuró:

—Trágica historia, fray.

—Los sufrimientos de este hombre de sobrada penitencia le valen, capitán. Pensáis algo... Me gustaría saberlo.

—Hay una niña..., la muñeca Hermosilla, que podría encontrar a su padre, ya que Juliot Legars tiene barruntos de su misterio. ¿Qué os parece si, aprovechando que uno de mis marinos va a Francia, por ser oriundo de allá, llevase una carta?

—¿A nuestros paisanos Cayo y Policarpo? Me parece buena idea, capitán.

El marino escribió, tras muchas reflexiones:

> “Cayo y Policarpo. Antiguos corsarios del capitán Legars. Marsella.
>
> ”Por la fidelidad que demostrasteis siempre a Juliot Legars, tendréis merecida recompensa. Juliot Legars vive. No puede regresar a Francia. Acosado por doquier, tardará en poder contemplar a la muñeca como desea con afán... Me está dictando estas líneas en un puerto antillano... Os llevará esta carta un marino de mi tripulación que sabrá dar con vuestro paradero. Y el capitán Legars, malherido, pero que sobrevivirá, porque, como dice, su piel es de cuero y su sangre inagotable, os ordena que os instaléis en Venecia, por motivos que os revelará llegado el momento. Allí, esperad noticias suyas.”

No firmó. Y lacrada entregó la carta al francés tripulante.

Dos días después, Juliot Legars recuperaba plenamente su lucidez. Sonrió, porque la sonrisa exuberante que lucía entre copiosa barba el franciscano, le producía sensación de hermandad...

—Hoja, padre...

—Fray Mateo, si lo prefieres, grandullón.

—Me hirieron..., fray.

—Ya pasó. No era malo el que te hirió. Un antillano que yo mismo bauticé aquí en la isla. Pero es de genio vivo, y estaba bebido.

—No le guardo rencor... Yo soy un cobarde, fray.

Frunció el entrecejo el franciscano.

—Déjame invocar al diablo, hijo, como lo hago cada vez que os oigo hablar de valentías y cobardías. ¿Quién es más valiente? ¿El que rehúsa matar a un semejante suyo, o el que alegremente va haciendo méritos continuos a abrirse el infierno en vida?... Pero

como me dicen que soy muy pesado con mis sermones, quiero tan sólo asegurarte, hijo, que yo no te tengo por un cobarde, si es que eso te suena a elogio.

Juliot Legars se incorporó.

—Fray Mateo... ¿Hay empresa en la cual pueda hallar olvido a mis pecados?

—Según tus aptitudes, amigo.

—Entiendo de mar.

—Entonces, el capitán Salgado puede darte plaza a bordo. Parte hacia un mar desconocido. Llevará allá el cristiano concepto de la unión entre todos los hombres...

—¿Salvajes indios, fray?

—Salvaje tú mismo—dijo, dulcemente, el franciscano—, ya que aun no has aprendido la gran verdad de que el color de la piel nada significa.

—Perdón, fray. ¿Podéis lograrme plaza a bordo?

—Yo soy curioso. ¿Quieres huir?

—Sí. Lejos, donde no pueda alcanzarme mi..., un muchacho... Si tan horrible no fuera mi secreto, os lo confesaría, fray Mateó, pero me daría muerte si nadie supiera lo que es mi oprobio.

—Palabras poco gratas a mis oídos, amigo; pero ¿quién soy yo para enjuiciarte? Hablaré con el capitán Salgado.

Alonso Salgado besó la diestra del franciscano cuando éste subió a bordo, repitiéndole cuanto le había dicho Juliot Legars.

—¿ Entonces...?—inquirió Salgado.

—Que siga siendo un secreto lo que dijo en su delirio Juliot Legars.

Juliot Legars vaciló antes de abandonar la tienda. Por fin, impetuosamente, asió la diestra del franciscano, sacudiéndola con energía.

—Sois bueno, vos, fray Mateo.

—Eso te parece, amigo. Y eso quiero parecer.

—Adiós, fray..., y ¡que el Cielo os bendiga!

El franciscano se arrodilló al haberse marchado el corsario. Elevó los ojos a lo alto.

—Padre nuestro... Tu inmensa Sabiduría decidirá si el capitán Juliot Legars ha de encontrar la paz en la tierra. Así sea.

* * *

Alonso Salgado, barbilla en punta, fieros mostachos, ojos brillantes, seco y sobrio, era el extremeño prototipo del “conquistador” místico.

No era afán de oro, ni codicia la que le había impulsado. Era afán de nuevas tierras vírgenes, deseo de noble aventura.

Acogió cortésmente la llegada a su bordo de Juliot Legars.

—Soy el hombre de quien fray Mateo os habrá hablado, capitán.

—En efecto. ¿Os llamáis?

—Jean Mureaux.

—Sois uno más a bordo, Jean Mureaux. Zarpamos mañana. Es un viaje largo, inseguro y con escasa posibilidad de retorno.

—Gracias.

—¿Por qué?

—No me comprenderíais, capitán. ¿ Sabéis que soy el cobarde de quien todos hacen irrisión?

—Cuantos a mi bordo están no son cobardea Son españoles de pura cepa. Los conozco a todos...

—¿Hay alguno..., francés..., de unos quince años?... ¿Que aparente muchos más?

—No. Vos sois el único francés. Y tened presente lo que os advierto. ¡Vos no sois un cobarde! Entiendo lo suficientemente en hombres, para aseguraros que si al primero que os pise un callo no le devolvéis el pisotón en la primera escala, me habré equivocado, y, en este caso, no volveréis a mi bordo. Esta es mi ley: no quiero provocaciones a bordo, a las que siga pelea. Pero en tierra, el que no se parte el pecho con quien le ofendió, no vuelve a mi bordo. ¡Id a la cala!

—-A la orden, mi capitán.

Pasaron dos años en medio de continuos peligros, desafiando negros, reptiles, flechas, mares procelosos, extraviando rumbos...

Establecieron un campamento. Dos años más, y Jean Mureaux era contramaestre. De la primera tripulación sólo quedaban ocho hombres.

Alonso Salgado .remontó la costa del Pacífico, Establecieron nuevo campamento en la costa del Perú,

Al séptimo año de haberse conocido, Alonso Salgado cayó enfermo, postrado por desconocida fiebre,

Jean Mureaux era su segundo. Le cuidaba fraternalmente... Alonso Salgado sintió que su última hora había llegado. Habló con precisión;

—Juradme que cumpliréis lo que os ordenaré, Jean.

—Jurado, mi capitán.

—Iréis a Venecia. Han pasado muchos años, y ya nada debéis temer.

Fué explicando lo que sucedió en la tienda del franciscano y la

carta que envió a los dos españoles.

—...y por ella, por la niña que recogisteis, estáis obligado a devolverle la paternidad..., ¡precisamente vos, que tan castigado estáis de antiguos errores! ¡Dadme la diestra, Juliot Legars!

Obedeció -el francés. Su palma quedó adherida a la fría y seca mano del español.

—De capitán a capitán, Juliot Legars, Cerrad mis ojos cuando exhale mi último aliento. Rezad sobre mi tumba, y desde donde Dios quiera que me halle, por vos rezaré. ¡Habéis jurado, capitán Legars!

—He jurado, capitán Salgado.

Media hora después, Juliot Legars, arrodillado ante un montón de tierra frescamente removida, rezó puerilmente:

—Dios de los españoles, acoge en tu seno al más caballeroso de los capitanes. Y ya que entre españoles hallé afecto, amistad y nobleza, considérame uno más de ellos... Perdóname, Señor, y dame valentía..., ¡porque no puedo faltar a la palabra que di al capitán Salgado, que en tu gloria esté!

Seis meses después desembarcaba al sur de Italia. Por caminos, a pie, volvió a ser el huidizo acobardado que asustábase ante cualquier joven de arrogante figura.

Llego a Venecia a fines de septiembre del 1507, exactamente veinte años después de haberse separado por unos días de Hermosilla, Cayo y Policarpo.

Merodeó por los canales, embozado en su capa. Sus sienes estaban blanqueadas, y múltiples arrugas surcaban su bronceado rostro.

Pero sus músculos eran de hierro, y su voluntad, inquebrantable. Había jurado a un español capitán cumplir..., ¡y cumpliría!

En el atardecer del día 1 de octubre entraba en el malecón del Canal Borghese.

Un mendigo le había afirmado que había dos españoles que



Al entrar impetuosamente Juliot Legars...

traficaban en vinos en la ribera de aquel canal. Y que tenían por hija a una hermosa muchacha, afamada por la pulcritud de sus encajes.

Juliot Legars deslizóse ya anochecido varias veces por los soportales, delante del establecimiento de Cayo y Policarpo, sus antiguos marineros.

Pero no se atrevía a entrar... Sentado al interior, había un joven apuesto, esbelto, pero atlético, de negras cejas y pupilas, que

denotaban posiblemente un carácter impetuoso...

Y Juliot Legars, temiendo verse siempre ante su hijo, erraba como alma en pena por los soportales, en espera de que el joven desconocido abandonara la casa donde habitaba Hermosilla, cuyo verdadero nombre era Violeta, y, posiblemente, Mancini.

Por el canal, de vez en cuando, deslizábase una góndola. Y oíanse risas, canciones y suspiros...

SEGUNDA PARTE

EL PRIMER FRACASO

Capítulo I

LA CONSTANTE INQUIETUD

Bajo los soportales reinaba una difusa semipenumbra, y en las quietas aguas del Canal Borghese rielaba, temblorosa, la plata lunar.

Cayo y Policarpo, magro el uno, rechoncho el otro, saliendo de su establecimiento, miraron a diestro y siniestro.

—Seguro que era él.

—Sí lo era—dijo Cayo, empezando a andar—. ¿Por qué nos huiría? Veinte años sin vernos, ¿y por qué no entró ?

—¡Mira!

Policarpo señaló hacia una columna donde una alta silueta embozada se reclinaba, como fatigada...

Avanzaron los dos, temerosos, ansiando no haberse equivocado. El embozado no se movió.

—Buenas noches...—saludó, tímidamente,. Policarpo.

—¿Sois vos, capitán...?—musitó Cayo.

El embozado habló en un susurro, sin bajar el embozo:

—Prudencia... No citéis mi nombre... Nada de efusiones... Permaneced quietos.

"Es él y no es él", meditó Cayo. Había algo extraño, algo cambiado en la recia personalidad de Juliot Legars.

"Su voz tiembla. Sus ojos rehúyen—pensó, contristado, Policarpo—. Habrá sufrido mucho. El peso de los años..."

Pero rechazó esta suposición. También para ellos dos habían pasado veinte años, y sentíanse jóvenes y animosos.

—Os hemos esperado tantos años, capitán...

—Siempre... acechando vuestro regreso.

—Hermosilla está preciosa.

—Se alegrará mucho de veros, ¡la pobrecilla!

Juliof Legars avanzó la diestra.

—No debéis decirle que he venido.

—Lo sabe ya, capitán...

—No me llaméis así. No quiero que nadie sepa quién soy...

—Venid acá... Venid a vuestra casa. Una buena copa de vino os reconfortará,

—¡No!... No puedo ir...

—¿Por qué?

—El joven..., el muchacho que allí está esperando a alguien...

¡Me estará esperando!

—Ni siquiera os conoce, capí..., señor. Es un caballero español, que acaba de llegar a Venecia. Pero venid, señor. Rondan espías.

—¿Espías ?

Y el atlético corpachón del corsario tembló visiblemente.

“Acobardado", pensó, con tristeza. Cayo.

“La inquietud lo atormenta".

—Tenemos que explicaros algo muy grave, señor.

—Hermosilla corre un grave peligro..., y vuestra llegada .ha sido providencial.

Pero Juliot Legars parecía no oír. Murmuró;

—¿Quién es el joven fuerte y de semblante atrevido que está sentado al interior de vuestra casa?

—Ya os lo dijimos, señor. Un trovador errante.

—¿A qué ha venido a Venecia, precisamente ahora que yo... iba a venir?

—Nadie sabía que ibais a venir... No es ningún enemigo, todo lo contrario. Es un magnífico espadachín, que hirió al conde Muzio, una de las mejores espadas de Venecia.

—¿Un magnífico espadachín?...—repitió Legars, corno alelado —. ¿Y... cómo Sabéis que no miente? ¿Quién puede asegurar que sea español?

—Lo había con el más puro acento castellano, capitán.

—¡No soy capitán!... Tengo que cumplir una palabra dada, pero... hasta que este joven... no se vaya, y no haya peligro para mí, no entraré en vuestra casa.

—Pero, señor... Si este joven ha venido precisamente a ayudar a Hermosilla. Fiad en nosotros. Veréis como el señor Luys Gallardo no puede ser vuestro enemigo. Dijo que le gustaría conoceros...

—Volveré... Volveré mañana. No digáis nada. No me habéis visto... ¡Por favor, mis fieles amigos! No me habéis visto. Os equivocasteis... Decídselo así al joven... Y tratad de saber si me busca para matarme... ¡No puedo defenderme!... Adiós... Mañana vendré... Pero, ¡por lo que más queráis!, no digáis que era yo...

Para los dos corsarios españoles era tan decepcionante la actitud suplicante, medrosa y acobardada del antiguo capitán impetuoso, que el reproche se plasmó en sus rostros.

Deslizóse furtivamente Juliot Legars, desapareciendo entre las sombras de los soportales.

—Déjalo, Cayo... Huye como una liebre... ¡Cómo cambian los hombres!... No es ni sombra de lo que fué.

—Tiembla de miedo al oír hablar de espías y espadachines.

¡Puaf, qué asco! Se ha ido sin ni siquiera ver a nuestra hija... Estoy apenado, Policarpo, muy apenado...

—Nos abandona cuando más falta nos hacía. Abandona a su hija; ¿te das cuenta? Nunca se lo perdonaré... ¡Para mí ha muerto el capitán Legars, mi capitán Legars!

Sorbiendo un sollozo, Cayo sacudió la cabeza.

—Vamos, vamos, hombre—reprochó Policarpo, sonándose con un revés de mano-—. No te pongas ahora a berrear, porque tenemos que dar ánimos a la pequeña... Y está el caballero trovador. ¡Éste sí que le da ánimos a cualquiera!

—Esto..., ¿qué diremos?

—Que fué otra vez una visión. Y lo fué, ¡cuernos ! ¡Este cobarde no era el capitán Legars!

* * *

Hermosilla iba sintiendo que una confianza extraña la invadía, al escuchar las risueñas frases del trovador...

—Así es, linda Hermosilla. Todo tiene arreglo en esta vida. Con la cuerda al cuello alguna vez me he visto, y aquí estoy viéndote. Posiblemente yo, por forastero, no estoy influenciado por la constante inquietud que el conde Mancini ha sabido suscitar en cuantos habitan esta hermosa ciudad, hecha para estuche de suspiros de amor, y no para cárcel de gemidos de dolor. ¿Por qué gimes, linda?

-—¡Es tan horrible lo que me sucede!

—Gracias, niña. Nunca supuse que fuera horrible mi presencia. Estoy muy infatuado, ¿sabes? Y siempre me gustó provocar sonrisas de simpatía y no sollozos de pena, en cuantas hermosas aceptaron mi amistad.

Sonrió ella.

—Me refería, señor, a mi tragedia... ¡Ahí vienen mis padres!

Cayo y Policarpo entraron, y rectamente se dirigieron a la mesa, para asir una copa y bebería.

—Hace calor, ¿verdad?—rió Gallardo.

—Mucho... Corre un fresquillo que hiela.

—No tanto... Hace bochorno.

—¿Y... el capitán Legars?—imploró Hermosilla.

—Pues... nos creímos que era él, y no lo era.

—Eso es..., ¡no lo era! Otra vez será..., aunque ya debemos abandonar toda esperanza. ¡El capitán Legars murió!

Sentáronse, tratando de no mirar a su hija adoptiva.

—Ya conocéis a nuestra niña, señor Luys. ¿Qué os parece?

—Un prodigio de perfecciones—manifestó Cayo.
—Eso es—asintió Policarpo.



—¡Es tan horrible lo que me sucede!

Notaba el trovador que ambos españoles estaban molestos, desazonados... Podía atribuirse a la proximidad de la hora...

—A las diez llegará la góndola roja, señor Luys.

—Falta hora y media, señor Luys.

—¿Os dolería mucho abandonar Venecia?

—¡Ahora ya nada tenemos que hacer en Venecia!

—Padre... Teníamos que esperar aquí al capitán Legars. Al irnos, él no nos encontrará.

—De momento, señorita, os callaréis—atajó, enérgico, recuperándose, Cayo.

—Eso es—aprobó Policarpo—. Por una vez has dado en el clavo, compadre. Tú oirás, y callarás. Hemos decidido, señor Luys, que vos seáis nuestro capitán. Mandad, y obedeceremos.

—No es coba, señor Luys. En seguida que os vi y oí, adiviné en vos al jefe.

—Gracias, pues, por la confianza. La situación es clara. Gino Mancini ha aterrorizado a Hermosilla, diciéndole que si a las diez no entra en la góndola que vendrá a buscarla, vosotros dos iréis a dar con los huesos en los Fosos..., y ella sufrirá igualmente el oprobio. Para evitar que huyáis, ha colocado espías, que, como pude ver, llevaban un silbato colgando del cuello...

—Con el cual, apenas alguien bastante loco para ello agrediera a uno, se formaría zarabanda de silbidos, alertando a los numerosos esbirros que pululan por los canales,

—Exacto—corroboró Policarpo.

—Y lo mismo sucedería si asaltáramos la góndola. Por lo tanto, la única solución es que Hermosilla entre en la góndola.

Estupefactos Cayo y Policarpo miraron boquiabiertos al trovador. Hermosilla pestañeó asustada, perdida de pronto la confianza que le proporcionaba el modo risueño y tranquilo de hablar del que ahora, riendo, prosiguió:

—Me nombrasteis capitán, y a obedecerme os comprometisteis. Ahora, apagaréis las luces y os retiraréis, puesto que por descontado dan los espías que nada sabéis, y que Hermosilla a las diez abandonará la casa mientras durmáis. Supondrán los espías que vine a comprar algo. Me vais, pues, a dar aquel gran pellejo, que, si no me engaño, contiene vino... No me miréis así... No me subió a la cabeza el vapor del “Jumilla”.

—Pero, señor Luys... ¿Qué vais a hacer con este pellejo? ¿Y qué haremos nosotros?

—¿Tenéis, o no, confianza en mí?

—¡Sí!—exclamó Hermosilla.

—¡Bravo!—comentó Cayo, al verla animada.

Policarpo se encaramó en el escabel.

—Ayúdame, compadre, que mucho pesa el odre.

—Si a las nueve y media no he regresado, indigno seré de vuestra confianza.

—En la espera nuestra inquietud será constante, señor Luys.

—Más sabrosa será, pues, la alborada de paz. Colocadme el odre al hombro.

Obedecieron, y no vacilaron las piernas del trovador bajo el peso.

—Y ahora, a lo dicho. Apagad y retiraos. Dadme la llave, y cuando regrese no salgáis. Pero sois libres de escuchar lo que aquí luego se converse.

Capítulo II

LA ABEJA

Loredan Corvineli, secretario particular del conde Mancini, ejercía la dirección efectiva de la policía de Venecia.

La vasta organización de espías y bravis que, como red tupida y a la par invisible, cubría la comarca veneciana, estimaba como genial la labor que infatigablemente realizaba Loredan Corvineli.

Los tres espías, apostados estratégicamente en el tramo del Canal Borghese, que pasaba ante la casa habitada por Hermosilla, tal como tenían por costumbre en casos parecidos, no se pusieron en pie ni dieron síntomas de haber visto a Loredan Corvineli cuando éste, como un paseante solitario, pasó cerca de ellos.

—Un desconocido ha hablado con los dos españoles—anunció uno de ellos—Partió hacia la Piazzeta.

Era ya la cuarta vez que Corvineli deslizábase furtivamente por los soportales.

—Dile a Luigi que lo siga, y, si le infunde sospechas, que lo apresen y encierren en mis celdas.

Los "sospechosos" contra los que no había cargo alguno demostrado, eran alojados en celdas especiales donde sólo entraba Corvineli.

Del establecimiento, poco después salía, Luys Gallardo, llevando al hombro el voluminoso odre de vino.

Loredán Corvineli aproximóse cuando el trovador iba a doblar la esquina del malecón.

—Buenas noches. Excusad, caballero...—saludó Corvineli—. Es mi misión velar por el orden nocturno. ¿Puedo saber de dónde venís?

-—No hay inconveniente. Salgo de la tienda de vinos de los españoles Cayo y Policarpo.

—¿Tenéis amistad con ellos?

—Ninguna.

—¿Qué lleváis al hombro?

—Un pellejo de vino. Si les gusta a quienes se lo llevo, lo mercarán, y, si no, lo devolveré.

—¿ Queréis permitirme que compruebe la verdad de lo que decís? No os ofendáis..., pera hay muchos robos...

—Si me visteis salir, pudisteis comprobar que ellos mismos cerraron la puerta tras de mí.

Loredan Corvíneli alzó el extremo de bocana del odre. Palpó toda su extensión.

—Podéis seguir camino, señor. Y excusad la molestia. He cumplido con mi deber.

—Todos procuramos cumplir con el nuestro. Y el mío me exige que trate de ganarme el sustento, vendiendo vinos al porcentaje.

Loredan Corvineli vió alejarse al español. Una extraña sonrisa se dibujó en sus delgados labios...

Aquel supuesto vendedor de vinos era exactamente idéntico a la descripción escrita por el conde Galeazzo Muzio, del desconocido que en la hostería "El Sol de Oro", de Rugieri, le había herido.

"¡Cazadlo vivo", había exigido, anhelante, el conde Muzio, como si hablara de una fiera dañina.

Loredan Corvineli permaneció a la sombra de los soportales.

* * *

Luys Gallardo encontró pronto lo que buscaba. La taberna que por la mañana había ya visitado.

"II Facchino" era centro de reunión muy heterogéneo. Codeábase con el *bravi* de anguloso rostro famélico, la dama de antifaz en busca de aventura, y el burgués que acudía secretamente para echar una cana al aire, con la hetera fingidamente alegre y amable.

A las nueve de la noche, " II Facchino tenía numerosa clientela. Todo alrededor de la sala, en la cual muchos bailes de máscaras teníais lugar, había galería de palcos discretos.

Dirigióse reciamente el trovador al más cercano de la puerta. Un forzudo lacayo, bizco, vino con desgana...

—¿Se le ofrece a Su Señoría?... —refunfuñó, pasando por la mesa poco limpia un trapo muy sucio.

Y a la vez miró el odre que acababa de depositar en el suelo Luys Gallardo.

—Un frasco de tu mejor vinillo.

—Costumbre del dueño es ver el oro antes de abrir la espita, Magnífico—gruñó el criado.

Echó el trovador tres monedas de oro sobre la mesa. El tintineo agradable hizo bizquear más al criado, y algunas caras femeninas miraron hacia, el palco.

—Lo que sobre, para ti. Y llama al dueño.

—¡Inmediatamente, Excelencia; va en seguida! ¡Vuestro servidor!

Poco después, un tipo mal encarado, pero vistiendo con rebuscado refinamiento y llevando presos los largos cabellos

aceitosos en redecilla dorada, entró en el palco.

—Con permiso, caballero. ¿Deseabais hablarme? Soy Facchino,

—Me regalaron, un odre de buen mosto. Y no quiero más que la piel. Son cuatro arrobas.

—Tengo ya mis proveedores, señor.

—Y yo; pero como esta noche estoy de humor espléndido, y quiero ser un buen cliente tuyo, acepta el obsequio. Devuélveme vuelto del revés el pellejo.

Entraba el criado.

—"Vizconde"...—dijo Facchino—, llévate este odre, y por mi cuenta obsequia a Su Excelencia el trovador afortunado con un frasco del viejo "Falerno". ¡Sólo para mis mejores, Excelencia! ¿Algo más se os ofrece?

—Es linda aquella rubita de grandes ojos de cielo, Facchino.

—No muerde, Excelencia—manifestó, sin sonreír, el *bravi* —. Y es amable, riente y sumisa. No es ladrona—añadió, con desdén—. Está aún verde. Si lo deseáis, y al parecer, en vista de que os mira con buenos ojos, le ordenaré que os cuide como a mi propio gato. Salud, Excelencia, y largos años de prosperidad, es el deseo de Facchino.

Pomposamente abandonó el palco, hizo una señal, y una muchacha de rostro angelical acudió presurosa.

—Pórtate bien, Abeja. Este caballero me merece todos los respetos. Sabe regalar sin ofender, y pagar sin rechistar. ¡Avante y suerte! Es guapo y joven. Breva rara.

La apodada Abeja entró en el palco. Hizo una reverencia.

—Vuestra servidora, caballero. El señor Facchino me ha dicho que estabais muy solo..., y yo, también.

—Siéntate, preciosa. El tuteo es licencia de trovador ante dama galana.

Oírse llamar "dama" emocionó a la nocturna obrera.

Se sentó con gracioso dengue, alisando su amplia falda y ajustándose el generoso escote.

—Tengo que contarte una balada hermosa, hojaldre.

—¡Ay, hojaldre!—rió ella, divertida—. Me han llamado muchas cosas en mí corta vida, pero nunca algo tan gracioso. Me llaman Abeja, ¿sabéis?, porque doy miel y también tengo aguijón.

La pureza de la tez aun no ajada, los ojos azules, el rubio cabello, la juventud de Abeja, la hacían muy semejante a Hermosilla...

—¿Y qué balada queréis contarme?—preguntó, resignada de antemano, y algo decepcionada, porque el trovador era igual a

todos.

Tenía, por lo visto, grandes deseos de hablar de sí mismo y hacerse el interesante.

—Érase que se era una linda mariposa de noche, y llegó un trovador que quedó sorprendido al verla tan igual a una doncella, muy requerida de amores por un gran personaje...

—¡Ah, vamos, un cuento de hadas!

—El hada soy yo, abejita. Y si abejorro te parezco, verás como engaña mi labia.

—Seguro... Tenéis ojos de guasón atrevido... ¿Puedo beber, o espero a que me invitéis?

—Bebe néctar, que miel necesito.

Bebió ella tres vasos, uno tras otro. Chispearon con malicia sus ojos, y acercóse más.

-—¿Mal de amor, caballero? ¿Es posible que os desdeñe la que vos favorecéis con vuestra preferencia ?

—Olvida mis cuitas, que de otro quiero hablarte. Es un gran personaje, muy encumbrado... Ama un imposible... Murió la doncella que él pretendía vanamente... Y se asemejaba mucho a ti. Su góndola recorre todas las noches los canales... Ayer te vi, y he preparado la mejor de las sorpresas, para mi gran amigo que solloza pensando en la difunta...

—¿Es cuento, o va de veras?—inquirió ella, recelosa.

Luys Gallardo colocó sobre la mesa un montón de ducados. Los fué alineando...

Su maniobra dió sed a la Abeja.

—Cinco, seis, ocho, diez. Diez ducados, Abeja,

—Por esta cantidad, trovador, soy capaz de todo, menos matar. Diez ducados son... pagar el vestido que le debo a Inés comprar el anillo del judío Stein, quedar en paz con el tendero y poder durante cuatro días y cuatro noches quedarme en cama leyendo poesías.

—Mi amigo es el conde Gino Mancini.

—¡Brrr!—murmuró ella—. El tenebroso y negro escorpión.

—Si eres de su agrado, tienes fortuna hecha.

—Cierto... Y no es de mal ver. Además, dicen que es muy espléndido, Pero..., ¿por qué me enseñáis estos ducados?

—Tuyos son, porque incómodo te será el dirigirte al lugar desde el cual subirás a la góndola,

—¡Me encantan 1os misterios!

El criado bizco había traído un frasco de "Falerno” y el odre vuelto del revés.

Consideró necesario aclarar:

—Lo he limpiado, Excelencia. Si me necesitáis, dad un silbido corto, y como el rayo vendré.

—Sopla, sopla...—dijo, admirativamente, ella—. ¿Excelencia os llama el vizconde de pega? Le apodan así por los ojos—añadió ella, con la versatilidad propia de su poco seso—. La primera vez que me miró, me burlé de él, torciendo los ojos, al creer que miraba al que conmigo estaba. Y me dió un mojicón... Es un bruto, pero no es malo. Me ha dado buenas tajadas de carne, las madrugadas en que estaba yo sola. ¿Y para qué queréis este odre vacío ?

—Cabes dentro, y así te llevaré.

—¡Sopla, sopla! ¿Y por qué?—preguntó, bebiendo otro vaso.

—Mi esposa tiene muchos celos, y me hace espiar siempre. Juró que cortaría la cara de la que por la calle fuera conmigo.

—¡Sopla! A mí no ha nacido quien me estropee el lindo hocico. ¿Y tendré que estar mucho tiempo dentro ?

—Escasamente cinco minutos. Respirarás por la bocana, y oigas lo que oigas, tú...

—Yo, soy vino, y me callo. Será graciosísimo cuando mañana se lo cuente a Inés. ¡Me va a tener una envidia!... Se pondrá verde, porque así se le pone la piel cuando siente envidia. Es mi mejor amiga, ¿sabes?

—Vístete el pellejo, Abeja. Te llevaré al hombro...

—El señor Facchino se reirá mucho cuando se lo cuente. Dice que los caballeros tienen caprichos muy raros, pero, ¡vamos!, que cuando yo explique esto, se mondarán de risa.

Iba subiéndose el ancho pellejo por las piernas. Había hecho un amasijo con los diez ducados envueltos en su pañuelo.

—Te advierto que voy contigo sin miedo, porque eres amigo del señor Facchino. O, si no, "¡nanay!" Podrías ser un loco de esos que tiran al canal a las mujeres para reírse, aunque no veo la gracia. No sé nadar, ¿sabes?

—No tengas temor, Abeja.

—Oye: no me coloques la cabeza hacia abajo, porque me dan mareos.

—Irás como en litera, miel.

* * *

Loredan Corvineli salió al paso cuando Luys Gallardo entraba ya bajo los soportales.

—Buenas noches. ¿No era bueno el vino?

—Lo es. Pero el precio no me dejaba ganancia.

—Cataron mucho. Ha enflaquecido el odre. Que tengáis mejor

suerte otra vez.

Apartóse Corvineli. Luys Gallardo siguió andando, y las gotitas de sudor que acababan de brotar de su frente no eran precisamente debidas al leve peso de Abeja.

Fingió llamar, cuando en realidad, introduciendo la llave en la puerta, penetró inmediatamente.

Depositó el pellejo en el suelo. Totalmente a obscuras la estancia, abrió la bocana.

—Sin hacer ruido, Abeja. Déjame ayudarte... Siéntate allí...

—No se ve ni gorda. Empiezo a tener miedo. La obscuridad no me gusta, Excelencia.

Rechinó el pedernal, y la vacilante llama de una vela disipó las tinieblas.

—Siéntate modosamente así, de espaldas a la puerta, Muy bien, Abeja. Ya hemos llegado. Bastará ahora con esperar poco tiempo.

—¿Y... a qué hora pasará 1a. góndola de vuestro amigo?

—A las diez en punto. No quiero que me vean. Dentro de unos instantes apagaré la vela, y te quedarás sola.

—¡Ay, no!

—Bien; entonces puedes volver a tu casita. Dame los diez ducados, y cuando otra amiga tuya, a lo mejor Inés...

—¿Inés? ¡Bah, bah, bah!... Es fea. No os enojéis conmigo, guapo trovador. Comprended que todo este misterio al principio asusta un poco. ¿Cuánto creéis que me dará el conde ?

—Le escribiré una nota para que te trate espléndidamente.

—¡Eso es! ¡Mucho mejor!

Fué Gallardo al estante a buscar una escribanía. Mojó la pluma y escribió:

> “Al poderosísimo Ser Gino Mancini:
>
> "La linda portadora se llama Abeja. No es avispa. Libad, si queréis su miel, y si os pica mí aguijón, tomad consuelo pensando en que es la primera roncha.
>
> "¿Quién soy? No caviléis más. Me llamo Luys y por Gallardo me tengo. Español de pura cepa. El mismo que tuvo el inconmensurable placer de atravesar un hombro al señor conde Muzio, como anticipo.
>
> "¿Dónde estaré? No os apuréis, que ya me dejaré ver. He decidido que en Venecia hay demasiada inquietud, y quiero que las sonrisas renazcan, al saber que el omnipotente conde Mancini ha encontrado quien le desafía,
>
> "No desfoguéis vuestra justísima ira contra la infeliz que suplanta a Hermosilla. Nada sabe, y ha creído cuantos

embustes me he visto obligado a contarle en defensa de la real virtud de Hermosilla. Os tachan de elegante. Sedlo... Si algo le sucediera a esta abejita inconsciente, tenéis mi palabra de español de que esta burla, que sólo vos y yo conocemos, la sabrá Venecia entera..., aparte de otras represalias que me reservo no mencionar.

"¿Motivo personal contra vos? Ninguno. Detesto los que abusan de su poder.

"Recibid mi primer saludo,

”Luys Gallardo.

”Post-scriptum. — Donde nunca los hallaréis quedan protegidos la gentil Hermosilla y sus dos padres adoptivos. Son españoles, ¿os dais cuenta? Y por esto he intervenido. Y también porque era odiosa vuestra seguridad en que Hermosilla subiría a la góndola.

"También es Hermosilla la Abeja. Dadle cien ducados, porque tal vez os podrá servir para dar conmigo.”

Enrolló el escrito, lacrando los extremos con cera.

—Con esta recomendación, todo irá bien, Abeja. Ahora, tengo que apagar la luz. No te muevas de donde estás. Iré a esperar la llegada de la góndola condal.

—¿Hay ratones aquí? —bisbiseó ella, temblorosa.

—No. Un gran gato limpia semanalmente la casa.

Salió el trovador, después de soplar la vela. La Abeja, cerrados los ojos, rezó cuanta sabía.

Los abrió, cuando en la puerta un individuo alto y luciendo la librea con los colores del conde Mancini, preguntó:

—¿Hermosilla ?

—Lo¡soy, que español entiendo. Vamos, buen mozo.

—La góndola espera, señorita.

—Así sea manzana.

Y, contenta de su chiste, enlazó ella su brazo al del sorprendido esbirro, dirigiéndose hacia la gran góndola roja.

Capítulo III

LA HUIDA

Cuando la góndola roja alejóse a fuerte impulso de las pértigas de los seis remeros *bravis*, Loredan Corvineli hizo una señal.

Los tres espías siguieron por los malecones el rumbo de la góndola del conde Mancini.

Sólo cuando ya no eran visibles, Loredan Corvineli se aproximó al trovador.

—No os deseo las buenas noches, porque ya nos hemos saludado antes, caballero. ¿Visteis la góndola de los suspiros?

—Que, por cierto, me ha dejado atónito.

—¿Y por qué?

—Figuraos que, al devolver el odre, vi a Hermosilla, la que dicen es hija adoptiva de1 los españoles, vestida y sola, cuando debería estar en su alcoba. Parecía esperar a alguien..., ¡y se ha marchado en la góndola! ¡Quién lo hubiera creídoo!

—El conde Mancini nunca fracasa en sus deseos, señor. El laúd de plata que al hombro lleváis es muy detonante... para un corredor de vinos. Adiós, caballero..., y espero que no sea “hasta pronto”.

Loredan Corvineli partió por los soportales en dirección al palacete de Gino Mancini.

* * *

Silenciosamente, entreabrieron la puerta Cayo y Policarpo. Hermosilla continuaba dentro de la alcoba.

Deslizóse Luys Gallardo al interior atando se cercioró de que habíanse ido los espías.

—Gracias, mil gracias, señor Luys..., y pobre es la palabra que a todos y para todo sirve.

—Somos vuestros esclavos. Queda libre ahora el camino para la huida, y pronto...

—Pronto, a la que Gino Mancini descubra la identidad verdadera de la que supone ser Hermosilla, movilizará a cuantos agentes tenga disponibles. ¿Y sabéis lo que sucederá?

—Lo tememos.

—Hará acordonar cuantos caminos salgan de la comarca de Venecia, y cuantos pretendan huir, caerán..,

—¿Entonces... ?

—Ahumad corchos.

Cayo y Policarpo ya no se extrañaban de nada. Buscaron en los estantes hasta encontrar sendos corchos.

—Los agentes buscarán una doncella rubia. Frotad de momento el cabello de Hermosilla. Los agentes registrarán cuantos lugares les parezcan propios para esconderse. Cuando perdemos una cosa, revolvemos los escondrijos, y muchas vece- está encima de un estante, muy a la vista, y no lo vemos. Hasta que no encuentre un escondrijo totalmente seguro...

—Un convento.

—¡Si!

—No—rebatió el trovador—. Sería la primera idea que se le ocurriría a Hermosilla o a unos padrazos asustados, y, por lo tanto, también se le ocurrirá esta idea.

—Es verdad...

—Y tiene derecho á ordenar, por seguridad de Estado, que sea registrado cualquier convento...

—Los agentes buscarán por doquier lógicamente alguien que pueda esconderse. Apenas mirarán la góndola en la que una gentil morena, bien visible, aunque entornados los párpados, parezca oír galanterías. Os turnaréis, amigos, en pretender a Hermosilla. Juntos los dos, nunca, porque parecéis la una y media. ¡Aguardadme!

Un coro de alabanzas al fértil ingenio imaginativo del "señor Luys" se elevó entre los tres, al irse el trovador:

Luys Gallardo sabía que permanentemente mecíanse varias góndolas en el Gran Canal, esperando quien las alquilara, con remero o sin él, por días o semanas.

Pagó una por siete días, sin remero. Apoyó la pértiga en los bordes de los malecones, y poco después pasaba lentamente ante los soportales del Canal Borghese. Su laúd quedaba oculto bajo unos cojines.

Apareció Cayo acompañando a Hermosilla, negro el cabello. Quedaron bajo el toldo de la camareta.

Y al cuarto de hora, al pasar por segunda vez ante los soportales, Policarpo saltó a la góndola.

Empuñó la pértiga. Cruzaban otras góndolas, ruidosas las unas, silenciosas las otras.

—No os será difícil imitar la actitud de una pareja enternecida, y el que de gondolero esté adopte la discreta compostura del asalariado. Mañana, o pasado, a más tardar, vendrán unos amigos míos. Si algo sucediera, que os exigiera mi presencia, la de mis amigos, bastaría que, acudiendo a la "Hostería de San Marcos", preguntarais por "Coclicó". Será la contraseña. No abandonéis los

canales frecuentados. Ya os encontraré escondrijo seguro, y dejemos ahora pasar la efervescencia que a no dudar acometerá al señor conde Mancini y a sus esbirros.

Saltó a tierra el trovador. Policarpo empujó con la pértiga. En la camareta, una muchacha de negros cabellos parecía escuchar las dulces palabras de un galán reclinada en almohadones...

Capítulo IV

PICADURAS DE AVISPA

Gino Mancini estaba de muy buen humor, cuando al terminar de cenar, se contempló en un gran espejo de moldura plateada.

El azogue bruñido devolvió su figura aun apuesta. Eran las nueve de la noche.

Decidió ir a visitar a su hijo Fausto, el único afecto de su vida.

Fausto Mancini, dieciocho años inteligentes, se levantó respetuosamente al entrar en sus habitaciones el autor de sus días.

La sonrisa de Gino Mancini era agradable.

—Buenas noches, hijo.

—Os las deseo, señor.

—¡Bah, muchacho! No me tengas rencor…

Y sentándose, Gino Mancini hizo una mueca de campechana familiaridad. Pero su hijo siguió serio, en pie.

—No estás preso, más que por unas semanas, Fausto. Tan pronto el Dux se case con Rosalba de Canporeggio; quedarás libre. Compréndelo, muchacho: el Dux cree que tú sientes inclinación por Rosalba…

—Y así es, señor, y vos lo sabéis,

—Pasará, muchacho, pasará—aseguró, sonriente, el florentino—. Son impulsos primaverales sin consistencia,

—Decid más bien, señor, que sirve a vuestros intereses que Rosalba sea la esposa del Dux.

—Así es, hijo. Y quien manda, manda. El Dux quiere a Rosalba… y tenemos que inclinarnos. Te encerré en tus habitaciones con vigilantes permanentes, porque el Dux es muy susceptible. Así tiene la seguridad de que no hablarás siquiera con Rosalba,

-—Muy poco digna la actitud del Dux, señor.

—Es un hombre ya maduro, y a su edad, muchacho, prescindimos de zarandajas tales como dignidades desplazadas. ¿Qué quiere el Dux? ¿Hacer de Rosalba su esposa? ¿Quién puede impedírselo? Más tarde, tal vez, muchacho… visto que el Dux no es muy fuerte, pues…

—Por favor, señor… Me temo que no sabéis comprender la pureza de un amor primaveral, como lo llamáis…

—Dime, Fausto—y hubo cierta ansiedad en el tono fingidamente despreocupado de Gino Mancini—¿no quieres comprender la delicada posición en que me encuentro?

—Tan sólo porque os sé ambicioso, os perdono que sirváis al Dux, aun en contra de vuestro propio hijo. Y si Rosalba os perdona, ¿seré menos yo? A veces os maldigo, señor... Pero dura poco.

Y Fausto Mancini sonrió a su pesar.

—Tenéis cuando lo queréis mucho encanto, señor jefe de las tinieblas.

—Yo te buscaré la más hermosa de las doncellas...

—Sabré encontrarla sin vuestra ayuda, señor.

—¡Bien hablado!—aprobó, satisfecho, Gíno Mancini, amagando con los dedos un metido hacia el estómago de su hijo.

Eran los únicos momentos en que se comportaba como un ser humano, cordial y sin cálculo.

Un cuarto de hora después abandonaba las habitaciones, frotándose las manos con vigor. Pronto le pasaría el arrebato a Fausto...

Y pensando ya en Hermosilla, sintióse enormemente contento. No había más que una leve sombra. ¿ Seguiría mucho tiempo Galeazzo Muzio recordándole lo que veinte años antes sucedió?

Encendió pebeteros en la gran sala, poblada de almohadones, divanes, tapices, alfombras mullidas y espejos.

Y cuando sonaron las diez campanadas, Gino Mancini abrió la puerta de la sala.

Al fondo, una sombra se movió en la galería.

—Introducid a la señorita tan pronto llegue.

Cinco minutos después, un taconeo por las baldosas de la galería, hizo repicar alegremente la sangre en las venas de Mancini.

La grata penumbra de la sala perfumada, y el cerrarse de la puerta tras entrar Abeja, produjeron éxtasis en el sibarita florentino.

—Bienvenida, Hermosilla. Avanzad, y dadme vuestra capa.

Obedeció ella. Gino Mancini, tras ella, aplicó sus labios golosamente en la frágil nuca...

Cosquilleada, Abeja rió tontamente...

—Os supuse más esquiva, Hermosilla. Veo que sois sensata y no adoptáis trágicas actitudes. Dejadme contemplar vuestro encantador semblante que me conquistó en un segundo, y que...

Abeja volvióse lentamente. Sí, eran sus ojos azules, y rubios sus cabellos, pero su sonrisa era maliciosa y sus ademanes expertos. ,

Gino Mancini mudó de color. Examinó las baratijas que ella llevaba al cuello, la picara luz de los ojos,,.

—Me dió vuestro amigo esta recomendación para vos, Excelencia, para que fuerais bueno conmigo.

Brutalmente arrancó Mancini de manos de ella, el mensaje.

Rasgó lacres y parte del papel en su impaciencia.

Leyó, volvió a leer, y dirigióse a un sillón.

—Siéntate, mozuela—ordenó secamente—. Sin comentarios. Si pronuncias una sola palabra, irás a los Fosos...

Asustada, Abeja obedeció, crispando los labios, para no hablar.

Agitó Mancini una campanilla, y ella sonrió estólidamente, porque el gesto le había hecho gracia.

Entreabrióse la puerta.

—Inmediatamente... ¡que venga messer Corvineli!

Cerróse la puerta. Gino Mancini jugueteó con un largo estilete que le servía de cortapapeles.

Miraba felinamente a la inquieta y forzosamente silenciosa Abeja.

—Explica en pocas palabras lo que te dijo el caballero llamado Luys Gallardo.

—No sabía que así se llamase. Vino a la taberna…

—¿Cuál ?

—La del señor Facchino. Me dijo que... Bueno, primero se las gastaba con rumbo. Me dió diez ducados. Yo por esta cantidad...

—Abrevia.

—¡Va en seguida! Que tenía un gran amigo, vos, que llorabais la muerte de una chica como yo... Bueno, que se me parecía. Que os quería dar una sorpresa, pero como su esposa, la de él, era muy celosa, tenía que entrar metida en un odre en la casa, y que a las diez, la góndola roja iría a recogerme, Y que soy Hermosilla, que en español... Bueno, que vos me daríais cien ducados... pero ya no lo creo.

—Tal vez te los dé. Ahora cállate...—Y rechinando los dientes, añadió: —¡Estando con la boca cerrada, nadie se dará cuenta de que eres una solemne estúpida. ¡Adelante!

Entró, prodigando saludos, Loredan Corvineli.

—¿Dónde estabais, messer Loredan?

—Acabo de llegar. Vigilé incesantemente la casa de Hermosilla...

—¡Imbécil!—bramó Mancini... Y recuperándose al instante, sonrió siniestramente: —Haz el favor de esperar en la galería, muchacha. Posiblemente ganarás tus cien ducados.

Ella salió prontamente.

—No pongáis esa cara de asombro, Loredan. ¿Quién creéis que es la doncella que acaba de salir?

—Hermosilla, Excelencia.

—La apodan “La Abeja”, y es asidua de la taberna de Facchino. Estáis perdiendo facultades, Loredan. Leed esto, ¿queréis tener la

amabilidad?

Leyó el jefe de espías. Íntimamente gozaba... Era el. principio de su venganza ver la contenida ira del conde Mancini,

—¡Es... increíble, Excelencia! ¡Yo...!

—Cerrad el pico. Sabéis que el ridículo perjudica más a un hombre en mi posición que un fracaso. Este es mi primer fracaso. Necesito al llamado Luys Gallardo con vida ante mí, y os doy cuarenta y ocho horas. Después... tomad veneno, tiraos al canal, daos un estiletazo, pero no comparezcáis ante mí. ¿Qué medidas vais a tomar?

—Jinetes a los cuatro puntos cardinales, cerrando las salidas, y deteniendo a cuantos respondan a la descripción detallada que les daré.

—Registro de conventos.

—Registro de todas las hosterías y casuchas. No quedará un rincón de la comarca veneciana sin...

—¡Idos, imbécil! Ya debéis estar actuando.

Fuera, Loredan. Corvinelli atravesó corriendo la galería. Uno de sus agentes le salió al paso. Era Luígi.

—En vuestras celdas el desconocido que merodeaba por los soportales del Canal Borghése. Parece aterrorizado, y suspiró con alivio cuando se vió entre cuatro paredes.

—Lo interrogaré más tarde. Tenemos ahora mucho trabajo.

La orden general que circuló despertando a cuantos agentes reposaban, era la de conducir á las celdas privadas de Loredan Corvineli, a la mujer y a los tres hombres, que respondieran a la descripción, y a cuantos se asemejaran.

Gino Mancini ordenó que entrase La Abeja.

—Come, bebe, y procura ser inteligente, mozuela —dijo el florentino señalando un diván, a cuyo lado había fruteros y jarros con distintos vinos.

Y echó una bolsa sobre el diván, que ávidamente recogió ella.

—Son cincuenta ducados. Cincuenta latigazos antes de cortar tu lengua y encerrarte para siempre en los Fosos, recibirás, sí hablas una sola palabra de cuanto ha ocurrido desde que te habló Luys Gallardo.

—¡No diré nada... ni a Inés! ¡Lo juro por mi santa patronal

Besóse ella pulgar e índice.

—Podrás ganarte otros cincuenta ducados muy fácilmente. En la taberna de Facchine apostaré diez *bravis* de mis mejores. Uno tras otro, como contraseña para que los reconozcas, llevarán un clavel tras la oreja, como lo hacen los guapos de tu frecuentación.

—¿Y cómo los distinguiré, entonces?

—Porque te presentarán el clavel. Y cuando... veas aparecer a Luys Gallardo bastará que a uno cualquiera de mis *bravis*, les dediques una ojeada guiñando. ¿Entendiste?

—A las mil maravillas

—Lárgate.

—¿Decís, Excelencia?

—Que ya te he visto bastante. Tal vez algún día te mande llamar, y mi imaginación hará el resto, Lárgate...

A solas, Gino Mancini rió sin la menor alegría. Mascullaba:

—Un mísero trovador español... ¡burlarse de mí! ¡Desafiarme!... ¿Dónde estará Hermosilla ahora? ¿Serán... novios?... Mejor,.. Las mil torturas que... ¡¿Quién es?!

Abrióse la puerta y apareció Galeazzo Muzio, Sonreía irónicamente, y avanzó apoyándose en su bastón.

—Hola, hijo mío. . Mucho ajetreo... y me han despertado. ¿Dónde está el incendio... aparte de en tus ojos? No soy aficionado a los refranes, pero hay uno español que dice: "Si tus ojos fueran puñales, enterrado estaría... Serenidad, gran señor, serenidad. Mi capricho por Olimpia te hacía considerarme como un débil chocheante... ¡Qué bien huele! Cita galante, ¿eh?... A propósito, no es fea ¿verdad? La Abeja es una muchachita muy...

—A ser posible, no remuevas en llaga. Nuestros ridículos, que entre nosotros y Loredan queden. Este es nuestro primer fracaso, Galeazzo. ¿Y quién nos burló a los dos? ¡Un trovador español!

—A mí en menor escala, porque al fin y al cabo, de hombres es recibir una estocada... ¡pero acicalarse el gran señor Máncini para recibir a una...!

—Tus risotadas, Galeazzo, no amenguan la verdad de qué, unidos como nunca, debemos enseñar a Luys Gallardo quiénes son los dueños de Venecia. ¡Y juro que si logras traérmelo, yo lograré que Olimpia Steno sea tuya!

TERCERA PARTE

EL CARRO DE TALIA

Capítulo I

CINCO CINTOS, CINCO CINCHAS

—¡Tripita contenta, hogar feliz!

El graznido ronco con el que en perfecto italiano, el loro “Coclicó” lanzaba de vez en cuando su réplica a su dueño, traía muy divertidos a cuantos estaban en la sala pública del mesón “La Concha” del puerto de Sansovino, a cincuenta leguas al sur de Venecia.

—¡Arrastro de oro grande, y no hay quien rechiste!—clamó, satisfecho, Bruyant Lartiguers.

—¡Al que rechiste le parto los dientes!—aseguró “Coclicó” batiendo las alas y bamboleándose sobre el hombro del gascón.

—Qué “salao” es—admitió Respingón.

—Nos estás limpiando, patrón—lamentóse Vinagre.

—Las rachas cambian—afirmó Frambuesa.

Bembo, el escudero de Luys Gallardo, Invitóse a suspirar profundamente. .

—¡Escribe, Frambuesa!—apremió Bruyant—. Y ojito, que me las sé todas. Tú me debes ciento noventa y seis ducados. Bembo, noventa y tres, y vosotros, dos cientos quince cada uno.

—A este paso, nos quedaremos limpios antes de cobrar, patrón.

Barajando los naipes, Bruyant Lartiguers, hizo una mueca que acentuaba la natural expresión de sumo- descaro de su guapo semblante.

Sus claros ojos color ceniza miraron unos instantes a una criada que, pasando entre mesas, le contemplaba furtiva y admirativamente.

—Suculenta fresa... Después tendré que dedicarle mis ocios. ¡Corta, Bembo! Y no suspires tan hondo, ¡castañeta! Ya lo veremos pronto, al jefe. El oficial nos ha dicho que esta misma tarde queda vendido el velero, y a dos mil por barba tocamos. Compraremos cinco buenos cintos, para que ningún ladrón aprovechado nos quite el pan de nuestros hijos.

Los salteadores de caminos asintieron convencidos.

—Y cinco buenos potros. Cinto y cincha, es lo nuestro y no velas y timones. Decía mi abuelo que cada uno nace señalado. Todo lo cual significaba, compinches, que cada quisque en lo suyo. ¡Tú, camándula! Vuelve a dejar el as de bastos en el mazo, Si te toca por

las buenas, conformidad y resignación, pero eso de que hagas correr los dedos, se llama hacer trampas, y es muy feo.

—Vos, señor Bruyant... antes os servisteis seis cartas en vez de cinco, echasteis una disimuladamente —musitó Bembo.

—¡Hombre, faltaría más! ¿ En qué se reconocería entonces que yo soy el jefe? El jefe en ausencia de don Luys. ¡Fallo, arrastro, y arraso! Da asco ganar... No juego más. Llevamos un día y medio durmiendo, comiendo y bebiendo, y manejando naipes. Tanto trabajar fatiga. Me voy a dar una vuelta por el puerto. Quedaos aquí, y recordad lo que dijo don Luys: "Nada de imprudencias".

Levantóse el bandolero gascón, ajustándose el cinto. Cogió la lista de deudas escrita por Frambuesa. La ojeó:

—¡Tú, compinche! ¿De cuándo acá cuatro y tres hacen dos? Esto es una suma, angelito, y no una resta. Repasaré las cuentas. Deudas de juego, deudas de honor, si es que tenéis una remota idea de lo que es honor... porque yo he oído hablar de eso, pero no lo empleo.

—¡Qué jacarandoso y apuesto es el patrón!— murmuró Frambuesa, al irse Bruyant. — Se las lleva de calle... Mira, y tiemblan...

—-Pero su abuelo ya le dijo que una mujer sería la causa de su perdición—-anunció Vinagre.

—¿Conociste a su abuelo?

—No. Pero es como si lo hubiera tratado personalmente.

Con el loro acomodado al hombro, Bruyant Lartiguers deambulaba por los callejones del puerto de Sansovino.

De vez en cuando daba Un bocado a la manzana que sostenía en la diestra, presentando un trozo de fruta al pajarraco, que gruñendo, eternamente coléricos los redondos ojos, inclinaba la testa y de los propios labios del gascón cogía delicadamente con el pico la ofrenda alimenticia.

—Vamos a ir a Venecia, compinche—dialogó Bruyant, ladeada la cabeza y mirando cariñosamente a su animal amaestrado—-. ¿Te das cuenta, tunante? Góndolas, serenatas, damas con antifaz, lo que se llama, todo por lo alto. La aristocrática farra...

La palabra —clave— hizo que "Cocheó" escupiendo trozos de manzana, graznase-:

—¡Viva el follón! ¡Farra, gresca y camorra!

Varios transeúntes se giraron risueños. Varias mujeres hicieron mueca de desagrado al ver el loro, y párpados entornados siguieron con la, mirada al guapo gascón.

Ante la puerta de una tenería, colgantes pieles, botas y cintos, se detuvo Bruyant.

Una dama acompañada por dos individuos, acercóse.

—¡Oh, mirad, señores! Un pájaro de colores de las Indias... —exclamó maravillada, señalando el loro.

Bruyant susurró:

—¡Mi abuela!...

“Coclicó”, batiendo las alas, graznó:

—¡Mi abuela, qué suculenta fresa!

La imirada del gascón era elocuente. La dama alzó la nariz en gesto altivo.

—Un titiritero—dijo desdeñosa.

—Que tirita al veros, Magnifica.

—¡Insolente bribón ¡—exclamó uno de los acompañantes.

—¡Anda! ¡Si resulta que me conoce!—comentó Bruyant como asombrado.

—Dejadlo, Lisardo, dejadlo. No es más que un vulgar juglar sin modales ni educación. Vamos, señores.

—¿Lisardo?—murmuró Bruyant—. Me suena este nombrecito tan tierno. Adiós, adiós...

El llamado Lisardo iba a seguir camino, cuando de pronto volvióse. Era alto, y su apolíneo rostro estaba enmarcado por una rizada barba rubia.

Siguieron camino la dama y el otro acompañante.

—Lisardo, Lisardo... — murmuraba Bruyant —. Te quiero conocer y no sé de dónde...

—Creo, juglar, que me estáis mentando.

—Bien creído, y como decía mi abuelo, lo que es verdad, no hay quien lo discuta.

Elevó la voz el otro:

—Un juglar está para divertir, no para provocar.

“Coclicó”, instintivamente, abandonó el hombro de su dueño, para irse a mecer en lo alto de una barra, de la que colgaban las muestras de la tenería.

—¡Gascón, gascón, ahueca que hay quema!— advirtió, como cuando con tanta frecuencia oía gente increpar a su dueño.

—Gracioso tu animalejo—dijo, con desdén, el de la barba—. ¿Cuánto quieres por él?

—Mal estoy de orejas y creo no haber oído. Mis orejas...

La palabra-clave alborotó a “Coclicó” en su provisional percha.

—¡Muérdele la oreja, Bruyant, y mastícale el hígado!—alentó.

—Bruyant soy yo, y me parece que el hígado y la oreja a la cual se hace mención, son vuestras, Lisardo,

Varios transeúntes se habían detenido a cierta distancia.

Enrojeció el llamado Lisardo.

—¡Te haré tundir por mis lacayos! ¡Un caballero de mi alcurnia no se rebaja a medir su espada con un juglar!

—Que te afeiten, galán—sonrió Bruyant, maestro en exasperar —. Me han recomendado prudencia, y por eso, estoy comedido y cortés. Aprovecha la ganga, y vuelve grupas, Lisardo. ¡Lisardo! ¡Ya está! Un momento, un momento... Perdonad si estuve grosero, mi señor. Os pido mil excusas, y no lo haré nunca más.

—Acepto tus excusas, pero no reincidas. ¿Vendes o no tu anímalejo? La señora que me acompaña se encaprichó...

—Puede ser, puede que sí, puede que no. Decídme, señor, ¿por azar os llamáis Lisardo Gentile[2]?

—Tales son mis nombres.

—¡Que me place! El mundo es un pañuelo, decía mi abuelo, y por eso se sonaba con los dedos ¿Acaso fuisteis capitán?

—Y lo soy.

—¡Que me recontraplace! ¿Y qué tal por el castillo della Sabbia?

Lisardo Gentile palideció, mesando su rizosa barba. Quiso,volverse, pero viendo que había agrupada bastante gente, que, a unos pasos, asistía complacida a la gratuita escena, pegó un taconazo en el suelo.

—¿Vendes o no tu bicho?

—Por dos veces has ofendido a un inocente loro que no puede defenderse. Eso es muy feo, Lisardo Gentile, y no haces honor a tu apellido. Me defraudas...

Fué tan rápido el salto que nadie ni el propio Gentile pudo preverlo. Pareció como si el gascón quería saltar hacia arriba, pero en realidad sus dos rodillas proyectadas hacia delante chocaron contra el estómago de Lisardo Gentile.

Doblado en dos hacia delante, con un gemido de dolor, quedó el capitán que sedujo a la princesa Lucinda, dejándola abandonada y sumida en dulce locura melancólica.

Alzó Bruyant las dos manos entrelazadas, y las descargó casi simultáneamente al rodillazo doble, sobre la nuca inclinada.

Abatióse de bruces, sangrando, Lisardo Gentile.

—El golpe del conejo, distinguido y selecto público de badulaques—anunció Bruyant, haciendo una burlona reverencia—. Quien lo prueba, no repite, ¡Despejen, despejen; eso es, muy bien!

Sus últimas palabras iban dirigidas a varios individuos armados, y con traza de esbirros, que abríanse paso a codazos por entre la muchedumbre. Ésta fué alejándose prudentemente.

Uno de dios adelantóse, mirando sombríamente al caído y al que

en pie se reclinaba indolentementete contra la columna de la galería,

—Es el caballero Gentile—aclaró uno de los que les seguían,

—A lo mejor, era el caballero Gentile, si no tiene el cogote bien puesto—dijo Bruyant.

El que estaba más adelantado inquirió:

—¿Motivo de la reyerta?

—¿Razón para que me preguntéis?

—Agente del conde Mancini. ¿Quién sois?

Varios lacayos recogieron al inanimado Gentile. La dama y el otro caballero mezclaban sus voces, pidiendo justicia...

—Soy Bruyant, hombre de paz, que una vieja cuenta tenía pendiente con este Lisardo Gentile... Dejad que recobre el sentido, porque veo que desgraciadamente, respira, y él mismo seguramente me dará la razón. ¡Echadle vinagre a los ojos, y pinchadle las sentaderas con los puñales! Veréis cómo revive, turba de inútiles...

Un oficial de marina acercóse.

—¿Qué sucede?

—Hola, hola, lobo de mar. ¿Qué hay de la venta?—inquirió Bruyant.

—Este juglar atacó al caballero Gentile, señor oficial—explicó el esbirro.

Lisardo Gentile, tambaleándose, sostenido por dos lacayos, aspiraba con ansia el pomo de sales que le presentaba la dama.

—Mal asunto, señor—mascullló el oficial, como lamentándolo, ya que había simpatizado con el gascón.

—No tanto, ya que está vivo.

—¡Le provocó y atacó a traición!—grito ella.

—Le di de frente. Hablad, Lisardo. Decidles que soy familiar de Lucinda della Sabbia...

Lisardo Gentile mascullló apresurado :

—¡Dejad libre a este juglar! ¡Emplazado quedas para esta noche a las siete darme cuenta, espada en mano, en la plaza Vecchia!

—No faltaré, Lisardo. Cuídate bien, y hasta luego. ¡Despejen, despejen! Asunto liquidado.

Los esbirros se fueron. El oficial de marina contempló cómo, sostenido por los dos lacayos, y recibiendo mimos de la dama, alejábase Lisardo Gentile.

—No vayáis, señor. Lisardo Gentile es un maestro de armas.

—El único maestro es la vida, decía mi abuelo, y mata a sus discípulos cuando empiezan a entender las lecciones. ¿Cuánto...?

—Quince mil ducados. Están a vuestra disposición en la

tesorería de la Oficialidad de Ventas. Perdonad, ¿puedo ser indiscreto?

—Me encanta.

—-¿Pensáis batiros con el caballero Gentile?

—-Y embrocharlo como al, verraco que es. Sedujo a una doncella soñadora que quedó alelada sin curación.

—Tenéis mucha confianza en vos. Francés... Espadachín... Pendenciero... Apuesto...

—Castañeta... ¿Qué murmuráis?

—Ayer, una gran dama nos preguntó a varios de nosotros si habíamos visto a un caballero francés que responde a vuestro aspecto más o menos. Os había citado...

—¿Dónde ?

—Lo sabríais si fuerais... Pero en fin, si veo a la dama, y esta noche salís ileso de vuestro duelo, ya lo averiguaréis... Hasta pronto.

—Abur, lobo de mar.

El loro descendió a posarse sobre el hombro de Bruyant. Y éste, entrando en la tienda, pidió:

—Cinco cintos y cinco cinchas, que tanto da quien los ciña, mientras sean de recio material, con dobles fondos y bolsas ¿Quién diantres será esa gran dama...?

Capítulo II

LOS COMEDIANTES

Olimpia Steno, hermana del Dux. abandonando Rugieri, regresó a Sansovirso, siempre acompañada de su criada de confianza; Guillermina.

Hábil amazona, acostumbrada a cabalgar, rióse del cansancio que Guillermina demostraba a lomos de su dócil jaca.

—Lo que mucho vale, mucho cuesta, Guillermina. Tú que conoces mis propósitos, comprenderás que no podemos regresar a Venecia, sin haberme yo entrevistado con el caballero francés.

—¿Caballero, señora, un duelista matachín maestro en todas las malas artes de combate?

—Muy elogiado por quien le vió en acción. Dicen que es joven, impetuoso, y que posee un secreto de armas, un especial revés de estoque...

— Que le valió su nombre de Revers d'Estoc.

—¡Calla! Aunque estemos solas podrían oírnos. ¿ Cité acaso yo los nombres de quien espero acepte ser mi personal escolta? Y entonces el endiosado Mancini, tal vez deplore el haberme hecho espiar, y su lacayo Muzio, sabrá que no impunemente se ofende a la hermana del Dux de Venecia.

El oficial que atendiendo a lo deseado por Luys Gallardo procedió a la venta del velero "Dardo", disponíase a regresar a borde de su galera, cuando inclinóse profundamente al reconocer, pese al antifaz de terciopelo, a Olimpia Steno.

—Buenas tardes, oficial.

—Vuestro servidor, Alteza. Creo que el caballero que cita eeis ha llegado a Sansovino. Es joven, apuesto, pendenciero... y a las siete de esta tarde ha quedado emplazado a duelo con el capitán Gentile en la plaza Vecchia. Se aloja ahora en el mesón "La Concha"... Es francés,, por más señas gascón. Como viste de juglar, no pensé que se tratara de él, la primera vez que me interrogasteis...

—Gracias, señor oficial. Os enviaré un presente. Adiós.

* * *

Bruyant Lartiguers desmontó ante la puerta del mesón. Acarició las ancas del hermoso potro.

—Ya le daré yo el pienso y el agua, amigo— indicó al mozo—. Y ya que eres tan servicial, asómate y llama a mis compañeros.

En el abrevadero se reunieron los cinco. Señaló Bruyant los cintos y cinchas que atravesaban la silla del caballo recién comprado.

—Cada uno el suyo, compinches. Y nada de imprudencias, ahora que sois burgueses. En cada cinto hay cien monedas y cartas de pago de esas que no fallan, para las Casas de Banca de toda la tierra italiana. Id en busca de caballos. Y esta noche... a las ocho, reunión aquí, para cenar y pie al estribo.

Entró Bruyant en la sala, y pronto-, apenas habíase sentado adosado a la pared guardándose las espaldas, observó cómo era punto de mira y sujeto de conversación en mesa donde se reunían cuatro hombres.

Eran cuatro individuos que inmediatamente llamaban la atención, porque había algo indefinible en sus semblantes y atuendos.

Tal vez porque estaban del todo afeitados, y eran movibles los rasgos faciales, afectados y engolados los gestos, y demasiada blanca la piel, así como demasiado chillones los ropajes.

Uno de ellos, hombre de unos cincuenta años, escuálido, montando en el caballete de la nariz unas gruesas antiparras, adminículo por entonces muy raro, se levantó.

Dirigióse hacia la mesa ocupada por Bruyant, ante el cual hizo un solemne saludo.

Y con voz enfática, matizada, expresiva, habló:



Bruyant Lartiguers desmontó ante la puerta

—Os presento al Doctor, el seudo varón de la farándula, el Arbitro de las discusiones de tablado, el rector del carro de Talía. El Doctor soy yo.

—Gracias a mi salud, no os necesito, amigo. Mas creo que lo necesitéis vos, a juzgar por lo deshilachado del discurso que acabáis

de enjaretarme, y que me ha dejado patitieso.

—Deduzco oída vuestra sabia respuesta, que no sois de la profesión honrosa que represento con carácter primordial.

—¿Qué profesión?

—Comediante.

—Siempre deseé conocer a uno de vosotros. Tomad asiento, Doctor. Estoy en fondos. ¿Os apetece para abrir el apetito un .par de chuletas en cazuela, rebosando de patatas?

—Armonías divinas manan de vuestros labios, Mecenas.

—Me llamo Bruyant.

Hizo el comediante un amplío saludo, manejando los brazos como si llevara capa, y se sentó.

—Mecenas era el griego que dió protección a los afamados caminantes del Arte, poco recompensado. Y en lenguaje llano... tengo hambre, al igual que mis compañeros.

—Festín para ellos, y festín para vos, Doctor.

—¡Polichinela!—llamó el recién llegado.

Acudió con ligereza de simio un flaco sujeto, alto y huesudo. Hizo tres reverencias graciosas.

—El caballero Bruyant es nuestro Mecenas esta tarde. Date prisa y apremia a los cocineros para que preparen una comida que nos sirva de apoyo moral varios días. ¡Fluye, Polichinela!

Bruyant Lartiguers sonrió complacido. Le gustaban los excéntricos.

—Os creí de la zarandeada profesión, caballero Bruyant, por el hecho de que adornarais vuestro hombro con inteligente loro de Indias, que asumiendo aire de filósofo estoico y resignado ante la infinita vaciedad del abismo humano de la estulticia de los bípedos, nos escucha ,sin cavilosas amarguras..,

—Amigo Doctor, yo soy hombre de vulgar espíritu. Si no me habláis con palabras que el necio entiende, me quedaré a obscuras.

—La profesión, la profesión que la tengo calada al meollo de los huesos. Cuando os vi, me dije; “Doctor, allí, en la persona apuesta y jovial del ágil juglar señorial está tu fortuna”.

—¿Y cómo sabíais que os iba a invitar a cuchipanda?

—No era este vil atosigo el que me hizo meditar... ¡Bien, Polichinela! ¡Sí, con muchas patatas! ¡Ah. el tubérculo esponjoso y de pulpa que sacia deleitando! Me refería, caballero Bruyant, a que doy por asegurado que si vos os dignarais atender una oferta que me propongo presentar a vuestro estudio, tendríais fortuna hecha... y yo también.

—Veamos.

—El carro de Talia se ha encallado. Nos dirigimos a Venecia con esperanza de obtener más calor en el estómago. Allí sienten pasión por el arte... Pero vos y vuestro loro... ¡Ah, manes de la Farándula !

—Son chuletas, la Farándula que os han puesto delante, Doctor.

El comediante engulló unos instantes en silencio. Cuando ya logró comer sin hincharse los carrillos, prosiguió:

—Aprecio el buen humor, caballero Bruyant. Es patrimonio de los fuertes. ¡Atrás el amargó poso del rencor humano! Todo es farsa, y quien no lo tome así, fenece mustio y dolorido.

—Vais a fenecer estrangulado por una vil patata sabrosa, si las devoráis a ese galope.

—Tenéis el espíritu requerido. Rápida chanza, réplica presta... He oído comentar que vuestro noble loro habla que es un portento.

—Sabe muchas frases de gran efecto.

—¡Blasón y cimera, miel sobre hojuelas! Me veis hambriento, caballero Bruyant, pero tuve épocas de esplendor, y las tendría si vos y vuestro digno loro, os uncierais al carro de Talia.

—Si es forma delicada de llamarnos burros, no puedo amoscarme, ya que antes afirmasteis que vos erais el primero del carro.

Con un migajón limpió el Doctor el plato. Rió agudamente...

—Como profano que sois en tan bella profesión, os pondré brevemente en antecedentes. Fustiga, riendo, ésa es la máxima de nuestra unión. Satirizar a los poderosos, a los pecadores, a los viciosos... Es la mejor manera de enseñar. El pueblo ríe, los grandes se avergüenzan... por unos días. Somos el ejército que de ciudad en ciudad, monta el tinglado de la farsa, y creyendo los que nos oyen y ven, que asisten a farsa, perciben a veces, si lucidez tienen, que la vida diaria es nuestra maestra.

—Hombre, esto me gusta, porque igual decía mi abuelo. Seguid, Doctor, que me vais llegando al alma.

—Juzgad del efecto, si a los clásicos personajes añadimos un noble animal, que avergonzará a muchos taciturnos reservones.

—¿Y yo qué pinto?

—Uncid vuestra suerte a la nuestra. Os presentaré desde lejos a los tres lobos que si se descuidan, se tragarán el plato, y posiblemente lo digerirán, porque nada hay como el hambre para robustecer los estómagos. Que estos órganos son como la mujer: peor tratados, mejor nos tratan.

—¡Sois un talento, doctor!

—Polichinela representa el chismoso, y lo es. Arlequín es el criado para todo, necio y a la vez bribón, y Scaramuccia es el

fanfarrón. Y burla, burlando, aireamos los defectos humanos, pero para que todo no sea deprimente, están ellas, las hermosas...

—¡Ajá!

—Colombina, la novia de Arlequín, poco fiel. Y la princesa, que tanto se llama Clelia, como Rosaura, como Giacinta... y el galán que hace latir todos los corazones, que puede ser Lelio, Valerio, Leandro...

—No veo más que cuatro.

—El carro de ruedas prosaico está en el establo. Bueyes tiran de él, porque los campos les sirven de mesa. Hubo instantes en que corrieron serio peligro de ser asados, pero siempre impuse mi sesuda y heroica negativa. En el carro viajan siempre Colombina, que es mi sobrina, y la bella, que es otra sobrina. Y las escolta Leandro, el dios varonil dotado de impetuosa belleza.

—Interesante. ¿Y vais a Venecia?

—Allá nos dirigimos.

—Puedo unirme, pero sin... compromiso. Veré, aprenderé, y ya decidiremos.

—Estáis en fondos, dijisteis. ¡Ah, brioso Bruyant! La fortuna es veleidosa como hermosa mujer de cascos ligeros. Ocasión es esta en la que podéis aprender mucho....

—...y comer cada semana una vez.

—Con vuestro loro, que oportunamente haga profundos comentarios, nos enriqueceremos.

— No voy solo. Viajo en compañía de cuatro compinches,

—¡Cinco bocas más!

—Tenemos bolsa provista por ahora. Y puesto que también hacia Venecia nos encaminamos, podemos seguir el carro de la tía Lía.

—Placer tendré en presentaros a Colombina y la princesa.

—Placer que será el mío... si puedo.

En el establo, un ancho carro de grandes ruedas, alfombrado de paja, servía de asiento a dos jóvenes muchachas.

Dos bueyes cansinos, rumiaban hierba.

—Os presento al Aventurero, nobles doncellas. El juglar caballero que viaja siempre en pos de la aventura. La pelirroja es Colombina, la trigueña es la hija de buena familia, generalmente llamada Rosaura.

—¡Caramba!—murmuró Bruyant, besándose los dedos.

—¡Caramba, qué opípara cuchipanda!—acotó “Coclicó”.

Rieron ellas. Levantaron la testuz los bueyes y sus grandes ojos estólidos contemplaron, truncada la pacífica masticación, al pajarraco charlatán.

—¡Qué simpático!—contoneóse Colombina.

—Celos tendré de “Coclicó".

—También vos lo sois.

—Tened a bien, Aventurero, ofrecerme vuestra diestra, y descenderé de mi litera —dijo, majestuosamente, Rosaura.

—¡No, no!—intervino, presuroso, el Doctor—. Puede rondar Leandro... y no quiero discordias. Somos una familia unida. Venid, Aventurero, que tal os llamáis desde ahora hasta que nos dejéis, con harto dolor. Y vuestro loro, ¿qué mejor que “Conciencia”? Será la voz que hablará exponiendo el pensamiento del que esté diciendo algo muy distinto a lo que piensa hacer.

—¿Sabéis que Colombina y Rosaura son dos maravillas ?

—Lo son, pero... ved tan sólo el arte, olvidad la frágil contextura física...

—Soy todavía nuevo en el oficio, Doctor.

—La mujer es la causa de los males que abruman la humanidad, salvo contadísimas excepciones que nunca conocí.

—Pero... ¡amigo!... ¡están tan ricas!

—Veo que sois ardoroso e inflamable.

—Como la estopa, pero me apago pronto.

—¿Voluble, dicharachero y superficial?

— Bueno.

—Entonces... os pondré en antecedentes de quién es Leandro. Es la juventud ardiente, en todo su esplendor. Es una espléndida bestia humana, admirablemente esculpida en fuerza e ímpetu. Su mirada revela a veces astucia, otras audacia, siempre violencia, y marcado está desde la cuna por el instinto cruel.

—¡Vaya con Leandro! ¿Sobrino?

—Se unió a nuestro carro en Nápoles. Ama a Rosaura, ¿comprendéis ?

—Ya. Que Leandro se merienda a quien le haga cucamonas a la trigueña deliciosa.

—Bien expuesto el quid. Me sois agradable, Aventurero. Sin menospreciar vuestra viril fuerza... quiero deciros que tres veces he visto pelear a Leandro... Hércules, Titán y Cíclope reunidos, serían briznas de paja entre sus manos. Su estoque es un flamígero instrumento dotado de vida propia...

—No me asustéis más. Basta con el botón de muestra. ¿Y dónde anda Leandro?

—Al parecer tiene una cita en esta ciudad, y por esto Rosaura, ofendida, tratará de haceros servir de víctima propiciatoria. Quedáis advertido. Os considero ya de la cofradía familiar. Os he dado ya el

espaldarazo que os unce al carro de Talia.

Capítulo III

EL DUELO

Separóse Bruyant del comediante rector de la compañía. Dirigióse hacia el mercado ganadero, donde al poco tiempo encontró a Bembo y los tres gascones.

Regateaban, argumentaban, y, por fin, sendos poseedores de cuatro resistentes ejemplares equinos, se disponían a ensillarlos, cuando el modulado silbido de Bruyant, les hizo acercarse llevando de la brida los caballos recién adquiridos.

—Bembo... Espéranos en la hostería. Llévate a “Coclicó”.

Partió el piamontés, a paso lento de su cabalgadura, sosteniendo con delicadeza la jaula en la que el loro gruñía sordamente.

—¿Jarana, patrón?—insinuó Frambuesa.

—Tú lo has dicho, pico de oro. Me han dado cita a las siete, ya al caer, en la plaza Vecchia. Es un tal Lisardo, y me huelo que no vendrá solo. Por si hubiera emboscada, ya conocéis la costumbre. Invisibles, y cuando os silbe, que será si veo la cosa fea, a diestro y siniestro, tajo que te doy, mandoble que te atizo. Que soy yo muy guapo y agraciado para caer tontamente en la vieja plaza de un pueblo de pesca, id para allá, y ocupad posiciones adecuadas.

Diez minutos después, bajo un largo brazo de hierro que sostenía linterna, Bruyant Lartiguers desmontaba, en el mismo centro de la plaza Vecchia.

Y como por casualidad, sus espaldas quedaron cubiertas por el lomo del caballo, y su pecho por el pasamanos de la fuente.

Al trote, llegaron cinco jineta. El primero era Lisardo Gentile. Los otros cuatro evidenciaban su condición de *bravis*.

Encabritó Lisardo su montura, y los cuatro *bravis* desmontaron, permaneciendo inmóviles tras él.

—Hola, juglar—saludó Gentile, poniendo pie a tierra.

—Hola, seductor.

—He traído testigos.

—Sobran ellos o te faltan reaños, Lisardo.

—Mi palabra tienes de que nada harán. Pero si no te mato... de aquí vivo no saldrás.

—Vaya. Tú lo que quieres es dejarme tíeso y putrefacto. Acércate más, Lisardo. Está esto bastante obscuro, y no fío de estos testigos con cara de asesinos.

—Me basto solo para clavarte acero,

—Pues no lo parece.

Lisardo Gentile, vendada la nuca e hinchados ojos y nariz, avanzó cautelosamente, hasta penetrar en el círculo de luz.

Bruyant sonrió al verle avanzar con la espada tendida todo lo largo ante el pecho.

—Ya nos hemos puesto serios, Lisarso. No te daré con las rodillas, sino que pienso enfriarte ese corazón que no latía cuando Lucinda della Sabida aplicaba en él su mejilla. Te lo enfriaré con medio palmo de espada.

Tendióse a fondo Gentile, desenvainando la vez su daga. Impasibles, los cuatro *bravis*, cruzáronse de brazos, mostrando bien a las claras su intención de no intervenir salvo derrota de quien les había pagado.

Bruyant apartó el acero enemigo, y trabó en cuarta, parando el traidor sesgo de la daga.

Los cuatro aceros chocaron en veloces ataques, fintas y tanteos... Eran ambos buenos espadachines. Escuela francesa la de Bruyant, italiana la de Gentile.

Retrocedió Gentile. Permaneció inmóvil Bruyant.

—¿Descanso, Lisardo? ¿O me quieres llevar hacia tus cuatro esperpentos?

—El desquite debo paladearlo, juglar presuntuoso. De aquí no saldrás con vida. Me humillaste ante la dama que pretendo... Y ¡como hay infierno! que morirás.

—Seguro. Pero de vejez y rodeado de nietos, si tú eres quien ha de pincharme.

Quienes transitaban lo hacían apresuradamente. Libre era el derecho de ventilar rencillas aireando espadas, pero los cuatro *bravis* impedían el deseo de presenciar el duelo.

Un hombre de estrecha cintura, anchas espaldas, largas piernas, erguida cabeza hermosa, ardientes ojos pletóricos de vitalidad, al cinto un largo estoque, aproximóse.

Se reclinó contra la fuente. Tendría unos veinte años. Pero daba impresión de mayor edad por el frunce del entrecejo, y cierta madurez plasmada en el atormentado semblante varonilmente bello.

Lisardo Gentile, en alto los dos aceros, exigió:

—¡Seguid camino!

El joven miraba a Bruyant. Al oírse interpelar elevó los hombros en gesto de infinito desdén.

—¿Es... compañero tuyo, juglar?

—No le conozco, Lisardo,

—Por última vez... ¡seguid camino!—gritó Gentile.

El joven repitió su gesto. Y Lisardo Gentile, exasperado, ordenó a los cuatro *bravis*:

—¡Sus y a él!

En bloque compacto, ágilmente, los cuatro sayones avanzaron, con la certeza de que poco trecho andarían.

Impresionaba la inexorable seguridad con la cual daban por descontado que el joven mirón huiría.

Desenvainaron espada y daga, separándose en forma que anticipaba que se proponían desde cuatro costados atacar al imprudente.

Y Bruyant Lartiguers tuvo de pronto la revelación de quién era aquel joven.

"Una bestia humana, espléndida... Briznas de paja,..".

Nunca había visto a un tigre acorralado. Pero pensó que el espectáculo sería muy parecido.

Unos dientes blanquísimos destellaron entre los rojos labios cuando el joven, sonriendo con rictus cruel, describió un ancho círculo con su largo estoque.

Tres dagas y dos espadas cayeron de manos de los que eran diestros y fuertes asesinos. No había sido más que un molinete. El primero.

Y como un resorte que se dispara, el joven asestó extraños tajos de revés. Imparables por lo veloces y contundentes. Dirigió con la misma celeridad cuatro punterazos.

Y volvió a encogerse de hombros con desdén, reclinándose de nuevo contra la fuente.

Lisardo Gentile, lívido, contempló en el suelo a los cuatro *bravis* a, cuya yugular estaba cercenada, y en cuyo pecho un punterazo ultimaba innecesariamente la mortal hazaña.

—Castañeta...—murmuró Bruyant.

Era valiente y osado. Pero se juró que para él Rosaura ya no existía.

—Creo que podemos continuar, Lisardo. El caballero se ha ganado el derecho de mirar cuanto quiera.

—¿Es... tu guardaespaldas?—masculló Gentile.

—Es quien le place ser. A mí nadie me guarda las espaldas cuando no pasan de diez los que atacan.

Lisardo Gentile pensó por unos instantes en huir. Más que la espada de Bruyant le impresionaba hasta el escalofrío la inhumana frialdad con que el joven seguía reclinado, en silencio, sin haber aun pronunciado una sola palabra.

¡Y había dado muerte en un abrir y cerrar de ojos a cuatro *bravis* avezados a combatir!

Lanzóse con energía de desesperación al ataque Sus furiosas estocadas sorprendieron la guardia de Brayant, el cual tuvo que recurrir a toda su maestría para no verse en apurada posición.

Logró alzar la línea, y evitar así los punterazos peligrosos con que Gentile buscaba atravesarle con daga y espada las piernas,

—Más... más...—fue resoplando el gascón—. Alza la empuñadura... Así. bravucón. Enloqueciste a una niña y prometí que si algún día te veía asomar... te iba a prohibir con persuasión definitiva que volvieras a repetir la canallada. ¡Cuidado...!

La daga cayó de la zurda de Lisardo Gentile, atravesada de parte a parte.

Bruyant envainó su daga.

—Sin ventajas, Lisardo Gentíle.

El joven parecía contemplar con aburrimiento el duelo.

Lisardo Gentile redobló cuanto saber poseía y cuanta fuerza tenía. En una trabazón violenta, por un instante, pareció que Bruyant Lartiguers iba a sucumbir al empuje, quedando al descubierto.

Saltó de costado, y la espada de su contrincante asestó mortal golpe que deslizó silbando la hoja por la ropa del jubón, sin tocar la carne del flanco.

Y a la vez, el acero del gascón atravesó el pecho del italiano justamente en el lado izquierdo.

—¡Muerto soy!—gimió Gentile, cayendo arrodillado.

—Verdad evidente—dijo sin crueldad el gascón, envainando.

Cayó el italiano de bruces. Bruyant, que nunca sentíase desconcertado, empezó a notar cierta desazón.

El joven, siempre en silencio, le miraba inexpresivamente.

Y, de pronto, rompió a hablar. Era la suya una voz cálida, grave, modulada en cambiantes matices suavemente roncos.

—Esgrima francesa, señor. Parasteis en tercia cuando él fintó en cruz, y si eleva la línea, mal os hubierais visto. Vuestra técnica es rudimentaria, aunque sólidamente práctica. ¿Francés, señor?

—Gascón, que es ser doblemente francés.

—Me eduqué en Francia. Ofrecisteis el acero en extraña postura al tercer contacto, señor. Torcida la muñeca, ¿cómo pudisteis trabar en sexta, sin dislocaros el hueso?

—Toque... Espero a que la hoja se deslice hasta tocar mi empuñadura de cazoleta, y entonces el mismo empuje adversario, me da la posición en sexta.

Leandro, "Revers d'Estoc", el hijo de Juliot Legars y Juana Praviel, desenvainó.

—¿Os molestaría mostrarme la treta?

Bruyant Lartiguers colocó su acero bajo el ancho estoque. Torció la muñeca, codo en alto...

Revers d'Estoc vió cómo al deslizarse su estoque y tocar la cazolera, prácticamente devolvía la natural postura al adversario.

Envainó, y sonrió. Una sonrisa que iluminó su semblante.

—Gracias, señor gascón. Me llaman Leandro, y comediante soy desde hace unas semanas. Voy a Venecia.

—También yo. ¿Acaso sois el Leandro de quien me habló un divertido personaje que se llama Doctor ?

—El mismo.

—Hace una hora me ha nombrado Aventurero, y tal vez acepte, puesto que nunca probé ser comediante.

Tendió Revers d'Estoc una ancha diestra.

—Aceptad. Os he visto pelear y valéis.

Estrechó Bruyant la diestra ofrecida. Crujieron sus nudillos en la férrea opresión del hijo, de Legars.

Sin bravuconería, sencillamente, dijo Rever d'Estoc:

—No quisiera mataros, señor. Prefiero, pues... y no tengo por costumbre hacerlo, advertiros que Rosaura es por ahora mi prometida.

—Lealtad que agradezco.

El hijo de Legars acercóse al grupo formado por los cuatro caballos de los *bravis*. Cortó con su puñal las bridas reunidas y mantuvo sin aparente esfuerzo el arranque del que elegido, quería seguir a los otros tres que al galope partieron, sin jinete.

Montó y serio el semblante, pegó un taconazo en los ijares. Inclinó bruscamente la cabeza en extraño saludo, y partió al galope.

—Castañeta...—murmuró Bruyant—. ¡Pobre del que se interponga en el camino de este mozo! No sé todavía si es antipático o encantador... Pero tiene una personalidad prodigiosa. Espero... espero que no se encaprichará por "Coclicó".

Capítulo IV

LEANDRO Y OLIMPIA

Revers d'Estoc penetró en la sala de "La Concha". Dirigióse a una mesa, y sentóse.

Bebió un jarro de vino, que quitó de manos de un criado. Hizo una señal, y el criado, apresuradamente, trajo otro jarro.

—Señor...—vino a decir el mesonero, gorro en mano—. Una dama os espera en la sala de arriba. Permitid que os indique el camino.

Revers d'Estoc señaló su segundo jarro vacío, y alzó un dedo. Cuando hubo apurado el tercer jarro, se levantó.

Poco después cerraba a sus espaldas la puerta que acababa de abrir el mesonero.

Olimpia Steno, enmascarada, contempló en silencio al joven. Este, también en silencio, permaneció inmóvil.

La recia fascinación que emanaba del hijo de Legars, influyó en la hermana del Dux.

—¿Sois vos el caballero francés a quien espero?

Encogióse de hombros Revers d'Estoc.

—Os envié un mensajero a Trévoro.

Volvió él a encogerse de hombros.

—Soy Olimpia Steno.—Y quitóse ella el antifaz.

Revers, d'Estoc avanzó.

—Soy Revers d'Estoc, pero por Leandro me conocen. Tuve deseos de conocer la existencia de los comediantes. Por esta razón he llegado con dos días de retraso a la cita.

—Sentaros, Leandro. ¿Sabéis quién soy?

—Hermana del Dux de Venecia.

—Me contaron tales maravillas de vos, que no he vacilado en venir personalmente a ofreceros la mayor oportunidad de vuestra vida.

Esperó ella una respuesta que no obtuvo. Prosiguió :



Olimpia Steno contempló en silencio al joven.

—Como toda dama, tenía escolta. Pero los que la componían fueron sobornados por Gino Mancini, jefe de los espías de Venecia. Es mi enemigo personal.

—Sois hermana del Dux.

—El Dux estima que Gino Mancini es el supremo puntal de Venecia.

—¿Por qué me enviasteis cita?

—No tenéis familia en Venecia y, por tanto, no teméis represalias de Mancini.

—Ni en Venecia ni en ninguna parte del mundo. Mi madre murió hace un año.

—Lo siento.

—No lo sentís, porque no la conocisteis. ¿Qué queréis de mí?

—Con vos por escolta, podría disponer de mis actos. Y si lograse convenceros de que... un gran porvenir os espera...

—¿Matar a Gino Mancini ?

—No... Desenmascararlo.

—¿Qué oculta?

—Algo turbio, creo que un crimen en su pasado, pero de índole tal que sería despreciado por La Señoría. Os estoy revelando secretos que pertenecen a Venecia.

—Nadie os obliga a ello. Prefiero advertiros que nunca pido confidencias y si me las hacen, las soporto y no las repito.

—Sois algo brusco, caballero.

—No creo que buscaseis en mí suavidades que guardo para otras ocasiones.

Rió ella, extrañamente seducida por la sombría vitalidad del que la miró aviesamente.

—Me contaron que vuestro estoque es prodigioso y que vuestra bravura es imponderable. Un hombre como ves es el que precio.

—No pienso por ahora abandonar la compañía. Iremos a Venecia. Allí, si queréis, puedo escoltaros sí vuestras horas coinciden con las que a mi me resten libres.

Desprendió ella de su escote un camafeo rodeado de perlas. Tenía pesado engarce de oro. Una joya que valía más del millar de ducados.

—Vuestra como prenda de posible alianza, Revers.

El joven cogió el camafeo, le dió vueltas entre sus dedos y lo introdujo entre su cinto y el jubón.

Quedó silencioso.,

—¿Abandonáis la compañía de funámbulos?

—Posible...

—¿Ahora?

—No.

—¿Cuándo?

—En Venecia tal vez decida.

—No me facilitáis la negociación, Revers.

—No ofrecí ninguna negociación. Tal vez me interese más entrar como escolta de Gino Mancini.

—Pero… ¿qué decís?

—Gino Mancini es jefe de policía. Poseerá, por lo tanto, informes completos. Y podría darme lo que busco.

—¿Yo no?

—Hace seis años, mes tras mes, día tras día, antes ayudado por mi madre, desde hace un año a solas, busco a un hombre. Para mí no habrá sosiego hasta que este hombre no muera destrozado lentamente ante mis ojos. Lentamente…

En los negros ojos de Revers d'Estoc ardía tal odio, que Olimpia Steno, valiente y poco asombradiza, sintió un soplo helado recorrer su epidermis,

—Posiblemente yo… puedo daros la pista que deseáis. ¿Cómo se llama ese hombre?

—Es francés; Fué corsario. Se llama Juliot Legars. Mató a mi padre, y mustió el alma de mi madre. Acepté entrar en la compañía de comediantes, porque me sería más fácil indagar. Poco antes de morir, mi madre me dijo que tarde o temprano Juliot Legars iría a Venecia.

—¿Si yo diera con Legars…?

—Pedidme entonces lo que queráis.

—Me une amistad con Loredan Corvineli, el que efectivamente manda en todos los agentes de Mancini. Si Juliot Legars está en Venecia, Corvineli lo encontrará.

—Legars está sobre aviso. Huirá si sabe que yo le busco.

—No lo sabrá. Y si aun no ha llegado, cuando pise suelo de la comarca veneciana, lo sabréis. Aceptad darme escoba ahora mismo y pagaré agentes para que por todo Italia busquen a Juliot Legars.

—¿ Palabra de leal sinceridad ?

—Vos mismo lo comprobaréis.

—Mandadme desde este instante. Dejadme tan sólo unos momentos, para despedirme.

—Esperad. Partiremos a la medianoche. ¿Tenéis… amores?

—Cojo mi placer allá donde se presenta. No puedo amar, porque sólo odio alienta en mi corazón.

—Mejor… Perdonad. Quise decir que por ahora, os necesito… y no os ofendáis, como fuerza a mis órdenes.

—Sean las que sean—dijo, con sequedad.

—¿Cierto?

—Palabra os doy.

—Pasad a recogerme a las doce. ¿Tenéis caballo?

—Si.

—Hasta después, Revers.

Salió él, y, apenas se hubo marchado, entró corriendo Guillermina.

—¡Santa Madona! No fiéis de ese hombre. Es bestialmente trágico. Os traerá mala suerte.

—No seas supersticiosa. Revers… es una magnífica bestia y será mi esclavo. Ponte en camino, y que mi góndola esté esperando en el canal Maggiore.

—Pensad, Alteza, que ese hombre…

—Para pensar no necesito tu ayuda. ¡Obedece!

A solas, Olimpia Steno sonrió. Revers d'Estoc sería el mejor instrumento para las Damas de la Noche.

Capítulo V

LA GONDOLA SONROSADA

Revers d'Estoc entró en el establo. Colombina saltó del carro y, precipitadamente, abandonó el lugar.

Rosaura adoptó aires de reina ofendida.

Pero habló, porque el silencio táctico de Revers la aturullaba.

—¿Visteis ya a vuestra nueva conquista?

—Toma.

Miró ella, sorprendida, el camafeo que entre sus manos colocaba Revers d'Estoc. Pestañeó maravillada.

—Adiós.

Tardó ella en arrancarse de la contemplación de la joya.

—¡Revers!—llamó.

Estaba sola, y creyendo haber oído mal, abismóse de nuevo en admirar desde todos los ángulos el camafeo de Olimpia Steno.

* * *

—Me despedí. Cuando queráis.

Olimpia Steno sonrió:

—Impetuoso sois, Revers. Os dije a la medianoche.

—Prefiero advertiros que a vuestras prisas, son las mías. Soy ya vuestra escolta. Quiero evitar preguntas de mis antiguos compañeros de farsa.

—Entonces... ¿tenéis la bondad de aguardar hasta la medianoche en la habitación contigua? Podéis dormir, que ya os despertará uno de los lacayos.

Salió él, sin replicar. A la medianoche, ayudaba a subir a caballo a Olimpia, cuyo rostro aparecía cubierto con el antifaz.

Galopó ella delante. Pasaron raudamente junto a una lenta carreta de bueyes, donde bajo toldo, dormían Rosaura y Colombina.

Cinco hombres a caballo seguían el paso. Y otros cuatro, a pie, cabeceaban soñolientos tras las ruedas.

* * *

Divisábase ya la línea de cúpulas de Venecia, Aminoró el galope Olimpia Steno.

—Venid. Revers.

Solos en la carretera, en la fría noche, continuaron avanzando al

paso.

—Tengo que indicaros que la cualidad que más aprecio es vuestra taciturnidad. Quisiera también apreciar si sabéis resistir tentaciones, sean de oro, de amenazas, o de promesas de mujer.

—Oro, amenazas y mujeres en nada me afectan,

—Cuanto veáis...

—No lo repetiré,

—Conoceréis un secreto terrible.

—No pueden asustarme los secretos por terribles que sean.

—;Oísteis hablar de las Damas de la Noche?

—No.

—Gino Mancini lo ignora; Loredan Corvineli lo ignora. Sólo yo... y dos personas más conocen a las Damas de la Noche.

—Prefiero advertiros que si acepté ser vuestra escolta, di por aceptado que vos confiabais en mí enteramente.

—Eso quiero, ¿ Oísteis hablar de la góndola sonrosada?

—No.

—Es mía. Tiene mala fama... Creen que en ella... se desarrollan orgias... Me interesó que así cundiera el rumor. Y al parecer, tal sucede. Pero... hay algo mucho más profundo, que sabréis llegado el momento oportuno.

—No necesito saberlo.

—La góndola sonrosada espera. Pase lo que en ella pase, vos sólo atenderéis mis órdenes.

—Superflua indicación.

—Me dan el titulo quienes me hablan.

— Par de Francia soy, y consiento que me llaméis Revers.

Sonrió ella, estremeciéndose.

—Vuestra historia debe ser muy curiosa.

—No nací para saciar curiosidades.

— Cuando Mancini sepa que sois mi escolta... al fallar el soborno, vuestras espaldas estarán en continuo peligro.

—Las vuestras guardo. De las mías me ocupo.

—No sé... Creo que vuestra grosería es preferible. Así... no habrá temor de que... intentéis ver en mí a una mujer.

—Lo sois, y tal vez me daré cuenta... cuando haya terminado con mi obsesión de años y años. Por ahora, simplemente sois un instrumento que me permitirá encontrar a Juliot Legars.

—¿No teméis que mi orgullo...?

—Inteligente sois, y sabéis que os serviré. También tengo mi orgullo, y he aceptado ser esbirro de la hermana del Dux.

Picó ella espuelas. Poco después abordaban el malecón del canal

Maggiore.

Una góndola pintada de rosa, balanceábase lentamente al borde de una escalinata.

Dos lacayos con librea del Dux adelantáronse y asieron por las bridas los dos caballos.

Apoyóse Olimpia Steno en el hombro del remero para entrar en la góndola.

—Mudo y sordo. Obedece por señas — aclaró Olimpia—. No sabe leer ni escribir.

En el centro, la camareta tenia cerradas las cortinas.

Abriólas ella, y sentóse reclinada contra la mullida pared acolchada en seda rosa.

—Entrad, Revers.

Obedeció él. Sentóse a la señal de ella.

—Servidme vino. Tengo sed.

Escanció Revers d'Estoc en rica copa de cristal un vino dorado. Ella bebió con deleite.

—Bebed, Revers.

—No.

—¿No os gusta el vino?

—Mucho… a solas.

—Tocad en el hombro al remero, y mostradle tres dedos de la mano derecha abiertos.

Revers hizo lo que acababan de indicarle. El remero, hércules de aparatosa musculatura, y apolíneo rostro, asintió.

Empujó con la pértiga, y la góndola se separó del muelle. Deslizóse por el canal.

—Venid, Revers.

Sentóse él, y asió el frasco de cristal, donde el vino fingía oro. Escancióse, y bebió.

Ella rió enervada, haciendo un desperezo voluptuoso que avaloró la prieta morbidez de su cuerpo.

Abanicóse con el antifaz.

—Abrid esa cortina. Me gusta ver las desiertas callejuelas.

Entró la brisa, y Revers d'Estoc hinchó el pecho, aspirando.

—Mañana conoceréis las Damas de la Noche.

—¿Cuándo veremos a Loredan Corvineli?

—Al mediodía. Decidme, Revers… ¿Si os rogará que olvidarais quién soy? ¿Si os dijera que hasta mañana no empieza vuestra misión? ¿Qué me contestaríais?

Encogióse de hombros Revers d'Estoc.

—Exaspera ese movimiento con el cual no replicáis, dando a

entender lo que se quiera. Muchos hombres os envidiarían, si os pudieran ver aquí… a mi lado.

—Muchas mujeres os envidiarían también.

—¡Fatuo!

Bebió Revers otra copa.

—Nuestra alianza ha de ser completa, Revers. ¿Me oyes?—Y bajó ella la voz, haciéndola invitadora.

—No soy el remero.

—Dime, ¿te parezco una liviana coqueta?

—Sí.

Palideció Olimpia, y sus cejas se contrajeron. Forzó una sonrisa.

—Bruto…—murmuró, acariciante.

Adelantó el busto y su talle reposó contra el antebrazo de Revers d'Estoc.

El francés la miró. La atrajo contra él. Inclinó la cabeza y, cuando ella iba a reírse, para rehuir el beso, quedóse inmóvil, sorprendida…

Revers d'Estoc la empujaba hacia atrás, y decía:

—Os advertí que ni el oro, ni las amenazas, ni las promesas de mujer, pueden nada contra mí. Si a prueba me habéis querido someter, quedáis satisfecha. Si he vencido la atracción de vuestra oferta, engañosa posiblemente, quedáis, pues, convencida de que la más bella de las espías de Mancini, nada logrará de mí.

—Necio… No es prueba. Estamos solos…. Me atraes.

—Repetid la invitación cuando haya encontrado a Juliot Legars. Por ahora estoy a vuestras órdenes, no a vuestros deseos ni a los míos, Alteza.

—Sois odioso, señor.

—Lo sé.

—¿No oís los suspiros que a instantes nos rozan? Surgen de otras góndolas. El amor y el placer imperan esta noche. Olvidemos quiénes somos. Hay ahora tan sólo una mujer y un hombre.

—Sois la hermana del Dux y soy vuestra escolta.

Olimpia Steno irguió la cabeza.

—Tenéis razón, Revers. Erais sincero al afirmar que sólo os obsesiona el odio y la venganza. Podéis dejarme a solas.

Salió él. No quiso pensar si había mortificado o complacido a Olimpia Steno.

La góndola recorría los tres canales centrales, en ancho círculo continuo.

De pronto, exclamó ella:

—¡Revers! ¡Aquel hombre! ¡El que desciende las escaleras de

mármol de aquel palacete! ¡Id… y dadle ese anillo! ¡Comprenderá! Decidle que le necesito, y acompañadle aquí.

—¿Si se niega?

—No se negará. ¡Es un hombre!

—¿Cómo advierto a vuestro sordomudo?

—Señalad la escalinata. Y decid a mi invitado: “Señor Luys Gallardo, os necesita la que es anillo os entrega”.

Revers d’Estoc acercóse al remero. Silbó por el aire un destello de plata.

En el centro de las espaldas anchurosas del sordomudo, vibró un puñal.

Cayó de sus manos la pértiga, que recogió Revers d’Estoc.

Oyóse un segundo silbido.

Revers d’Estoc arrojóse al suelo y la daga fué a incrustarse en la madera de la camareta, atravesando el espacio donde segundos antes estaba en pie el francés.

Lanzó Revers una cuerda, y al segundo intento quedó enlazada a uno de los múltiples poyetes de hierro que jalonaban los malecones.

La góndola sonrosada se inmovilizó. En la escalinata, dos sombras corrieron apresuradas…

Revers d’Estoc saltó fuera de la góndola.

Desde la camareta, Olimpia Steno vió como Luys Gallardo corría tras las dos siluetas que huían.

Y la inverosímil ligereza con que a saltos que más parecían vuelo, acortaba distancias el trovador, produjo una sensación semejante al asombro en Revers d’Estoc, cuyas dos únicas pasiones eran: la esgrima y toda manifestación de fuerza física.

Capítulo VI

MALLAS EN LA RED

En la sombría celda, tan sólo iluminada por una tenue torcida bañada en alcuza de aceite, Juliot Legars, ignorante de las razones por las que se veía preso, recuperaba su aplomo, perdiendo el acobardamiento que le producía vivir bajo la maldición de la vengativa Juana Praviel, que había ideado el mayor tormento moral: la horrible amenaza siempre pendiente, de que pudiera matar en reyerta a su propio hijo, desconociéndolo. Pero este temor que le acosaba había desaparecido ahora, porque entre aquellas cuatro paredes hallaba un refugio.

No obstante, recordaba su promesa, por la cual había venido a Venecia. No supo qué hora era ni cuántas habían transcurrido desde que varios hombres lo habían conducido a aquella celda, cuando de nuevo abrióse la gruesa puerta de hierro, para dejar paso a un individuo vestido de negro, y de pálido rostro astuto.

—Buenas noches—saludó cortésmente Loredan Corvineli—. Ningún daño os puede sobrevenir si consentís en ser sincero.

—¿Quién, sois?

—Idéntica pregunta formulo.

—No puedo... revelar quién soy.

Lorenzo Cipriani hizo un gesto amable.

—Trataré de daros confianza, señor forastero. Por vuestro acento deduzco sois francés. Soy el jefe de los agentes que tienen por misión evitar conspiraciones en Venecia.

—¡Bien lejos de mi pensamiento está el conspirar contra ningún estado ni contra nadie!

Era evidente la sinceridad de la exclamación del corsario. Lorenzo Cipriani lo comprendió así.

Pero arguyó, fríamente:

—La salud de Venecia me exige poner en tela de juicio, las meras negativas que no estén apoyadas por pruebas. Vinisteis a Venecia, ¿para qué?

—En cumplimiento de una promesa.

—Se os vió rondar los soportales del canal Borghése, donde habitan españoles. Dejadme continuar. Hasta hoy Venecia no tiene enemistad contra España, pero Nápoles, Sicilia y Cerdeña, conocen no sólo de la bravura de los españoles, sino también de su temeraria propensión a penetrar en estados italianos, donde acaso conspiren...

—¡No! ¡Mis amigos no conspiran!

—¿Vuestros amigos?

—Escuchad, señor. Vos según me decís, tenéis como fe el defender la seguridad de Venecia. En nada, mi visita a esta ciudad, puede perjudicarla. Francés soy, y corsario famoso fui, aunque desde hace veinte años mísera existencia arrastro, porque pago culpas pasadas. Pero hace veinte años mi nave surcaba victoriosa los mares y fama tenía yo de valiente. Hoy soy un cobarde.

—¿Qué os trajo a Venecia?

—Hace veinte años, en el puerto de Livorno, dos españoles que pertenecían a la tripulación de mi nave corsaria, recogieron una niña, que alguien había arrojado a una gabarra, abandonándola.

El retroceso de Lorenzo Cipriani, y la poca luz, impedían que el corsario, que hablaba evocando, pudiera ver la súbita contracción espasmódica que alteraba las facciones del jefe de los espías.

—La llevé a Marsella, dejándola al cuidado de Cayo y Policarpo. Yo me encaminé a París, y allí tuvo lugar mi tragedia, que me ha convertido en un espectro.

—¿La niña?—apremió el supuesto “Paduano”,

—La llamamos Hermosilla, porque lo era. Quedó al cuidado de los dos españoles. Yo fui indultado en mala hora de la pena de horca y durante doce años remé en galeras. Después me dejaron en suelo italiano. Errante llegué a Livorno, y allí logré saber que la llamada Hermosilla era una niña que por verdadero nombre tenía el de Violeta, siendo su madre Leonora Cipriani, hija de buena familia milanesa, que al parecer dióse muerte, desesperada, porque su prometido o marido, un tal Gino Mancini, la abandonó vilmente.

Hizo una pausa Legars, ignorante de la magnitud de su revelación para el que escuchaba.

Prosiguió:

—Partí a las Indias, donde durante ocho años traté de olvidar. Y allí un noble caballero me hizo jurar que yo debía revelar a Hermosilla, quién era y devolverla a su padre. A esto vine a Venecia.

—¿Sabe... ya ella quién es, entonces?

—No pude hablar con ellos.

—Se os vió hablar.

—Pero pedía yo que se fuera el joven... que estaba en el establecimiento, y sin haberles podido revelar nada, huí... y vuestros espías me cogieron preso.

—Preso permaneceréis hasta que compruebe la veracidad de cuanto acabáis de explicarme. Y no temáis, señor... ¡porque os juro

que ningún daño sufrirá Violeta Cipriani!

Abandonó Lorenzo Cipriani la celda. Tenía una malla más en la red, que lenta y laboriosamente iba tejiendo alrededor de los dos cómplices que habían dado alevosa muerte a su hermana.

Y comprendió por qué obscuramente sintióse dispuesto a proteger a la apodada Hermosilla, aun antes de saber que era la hija de Leonora Cipriani.

Dos horas después, requerido, entraba en el despacho de Gino Mancini. Este, malhumorado, hizo un gesto impaciente a guisa de saludo:

—¿Están ya presos los dos españoles y Hermosilla?

—Espero, excelencia, que en el día de hoy es podré anunciar una buena noticia.

—También lo espero yo en vuestro propio bien. Ahora, prestadme atención. He sabido que Olimpia Steno, la hermana del Dux, no es simplemente una liviana patricia que busca aventuras en su góndola sonrosada. Quiero demostrar que bajo tal pretexto, se reúne con caballeros extranjeros, y demostrando esto, no queda más que un corto trecho para convencer al Dux de que su propia hermana conspira contra Venecia.

La expresión de “Loredan Corvineli” reveló patente duda.

—Hablad, Loredan, que para esto os paga Venecia.

—Creo, excelencia, que Olimpia Steno no puede conspirar, porque más le interesa que su hermano gobierne y ella sea, por lo tanto, omnipotente en sus caprichos. Y... si no poseemos pruebas contundentes... es terreno muy peligroso.

—Lo sé. He logrado que su doncella de confianza, Guillermina, consienta en informarme. El motivo del viaje a Sansovino y Rugieri obedece a que Olimpia quiere entrevistarse con un caballero francés llamado Revers d’Estoc. Se vió también con Luys Gallardo. España y Francia se disputan el obtener la mayor influencia en nuestro suelo y aunque hasta hoy no han puesto sus miras en Venecia, esto no significa que no lo intenten. Este caballero, Revers d’Estoc, es reputado gran espadachín poseedor de una estocada secreta y misterioso es su origen. Si consiguiéramos apresarlo...

—Si madona Olimpia lo elige por compañero de orgía, o simplemente como *bravi* asalariado, nada podemos hacer contra él, excelencia.

—¡Estáis embotado, Loredan! En fin, espero se os pase pronto esta etapa de estupidez, porque os considero muy inteligente, y me dolería prescindir de vuestros servicios.

Inclinóse como agradecido, Lorenzo Cipriani.

—Posiblemente esta misma noche, según el último informe de Guillermina, Olimpia regresará a Venecia con su nuevo sigisbeo Revers d'Estoc. Y he imaginado atraerlo a una emboscada infalible, sin el riesgo de que Olimpia pueda adivinar la mano oculta que le privará de su recién adquirido galán... ¡que quiero demostrar es un conspirador!

Gino Mancini, cuyo máximo. placer era urdir y tramar, señaló con el índice un plano que mostraba los canales venecianos.

—Ha ordenado ella preparar su góndola y como siempre recorrerá los canales. En esta escalinata—y señaló un punto—, he apostado dos expertos lanzadores de puñal. Uno matará al remero, el otro procurará no herir a Revers d'Estoc. Si como es fama, bulle la sangre del espadachín francés, éste saltará y correrá tras los dos que procurarán escurrirse, con suficiente torpeza para que puedan ser perseguidos. Y en este punto—señaló una plazoleta cuadrada—, caerá a la emboscada, ya que he ordenado se agrupen en ella, veinte *bravis*, provistos de redes y lazos.

Asintió Cipriani, como admirado.

—¿Comprendéis, Corvineli? Podrá Olimpia tener sospechas, puesto que sabe que al igual como me desprecia la desdeño... pero quiero pisotear su orgullo. Pruebas no tendrá ninguna. Hay mucho maleante en Venecia, pese a todo nuestro celo en evitarlo. Preso Revers d'Estoc, muy torpes hemos de ser, Loredan, si no le arrancamos por hábiles interrogatorios, en la tranquilidad de los fosos... una declaración completa y... espontánea demostrando que Olimpia Steno quería ser Dogaresa contando con el apoyo francés. ¿Os place la idea?

—Ingeniosísima, excelencia.

—Gracias. Tratad de imitarme, y al igual que Revers d'Estoc caerá en mi poder, Luys Gallardo quede en vuestra red antes de la noche de mañana. Id, y que la brisa nocturna despeje vuestra incapacidad.

Lorenzo Cipriani dobló el espinazo, pero siguió en el sitio.

—¿Queréis algo, Loredan?

—Es un asunto confidencial.

—Cuanto hablamos es siempre confidencial.

—Es que he recibido un mensaje echado anónimamente en la Boca del León, y... contiene una grave acusación contra... el conde Muzio.

Gino Manciní arqueó las cejas:

—¿Contra Galeazzo? ¡Diantres, qué interesante! ¿Y por qué no me lo dijisteis inmediatamente? ¡Traed acá!

A la salida de su visita a Juliot Legars, en la soledad de su gabinete, Lorenzo Cipriani había escrito, deformando su letra, lo que ahora con repentina sequedad en la garganta, estaba leyendo Mancini.

> “Pacientemente hemos ido reuniendo pruebas que acabarán con el insultante poder de dos florentinos. A vos, Loredan Corvineli, os anticipamos que sabremos confirmar ante La Señoría y el propio Dux, que dos criminales no pueden regir el tenebroso y supremo poder que les hace ser dueños de los misterios de Venecia.
>
> "Acusamos a Galeazzo Muzio de haber envenenado a una mujer llamada Leonora Cipriani, y de haber borrado todo rastro al parecer, raptando a una niña, hija de Leonora Cipriani, y de cierto florentino, como sabremos demostrar llegado el momento.
>
> "Un crimen que el Dux no perdonará. Podéis aconsejar a Gino Mancini que su triunfo estará en huir, porque implacable será la venganza de las
>
> ”Damas de la Noche”

En breves instantes, toda la gallardía y aplomo de Gino Mancini se derrumbaron.

Apoplético. llevóse la mano a la garganta, haciendo saltar los botones de su coleto.

Lorenzo Cipriani empezaba a gustar las agrias hieles de la venganza. Oía balbucir al hombre siempre seguro de sí mismo:

—¿Una niña?... ¿Leonora Cipriani?... Loredan, amigo mío. Son calumnias... para intentar desprestigiarme...

—Tal he pensado, excelencia.

—¡Debemos hacer enmudecer... en sus calumnias... a...!—Y se detuvo, congestionado, al borde de la asfixia, ante aquel inesperado resurgir de lo que creía para siempre muerto.

—¿A quién, excelencia? — inquirió, respetuosamente, Lorenzo Cipriani.

—¡Estas... Damas de la Noche!

—Nunca oí citarlas, excelencia.

—¡Existen!—gimió agudamente Gino Mancini, alzando en su puño crispado el mensaje, escrito por el propio Cipriani—. ¡Bien sabéis que hace unos días se dijo que cierta góndola que creímos ser de patricias cortejadas por sus galanes... era llamada la góndola de las Damas de la Noche! ¡Por favor, Loredan! Olvidad mis escarnios... ¡Seréis ricos... si averiguáis quiénes son las Damas de la

Noche!

FIN

Notas

[←1]

Véase Los misterios de Venecia.

[←2]

Véase; Inocentina.